ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL

ESPINEL

DE-SASTRES MODERNISTAS

26 dbre 22.

La lengua castellana padece por novedad frases horribles con que más se confunde que se ilustra.

Menéndez y Pelayo

(Discurso académico, 1886)

G-F 5081

LEÓN
Imp. Católica.—Pablo Flórez, 20
1922

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL VALLADOLID

ESPINEL

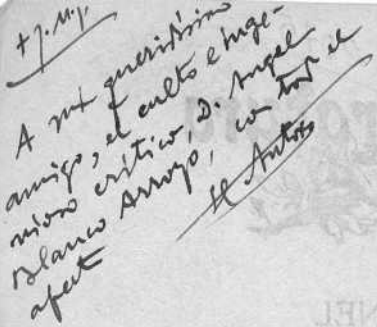
DE-SASTRES MODERNISTAS

La lengua castellana padece por novedad frases horribles con que más se confunde que se ilustra.

Menéndez y Pelayo
(Discurso académico, 1886

LEÓN
Imp. Católica.—Pablo Flórez, 20
1922

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN
Tf. 89227
CB110526
R. 66533



No hay triaca como la buena lengua, no hay música como la plática concertada, no hay manzanas de oro en platos de plata que así parezcan como las cosas graves, de valor, provecho y precio puestas en estilo casto, limpio y liso.

Francisco de Avila

(Diálogos)

A MODO DE PROLOGO

Allá por el año 1907, publicábase en Valladolid por unos cuantos juerguistas, digo, pisuerguistas una revista semanal, *Juventud Castellana*, que murió la pobre en su niñez, antes de llegar ¡es claro! a su juventud.

Hallábame yo por aquel tiempo en Cabreros del Monte, recién salido del cascarón de las aulas, y cayó en mis inexpertas manos el número tercero de dicha revista.

Venía la cubierta orlada por una parte con extraños dibujos de esos cuyas flores nacen y se desarrollan en el jardín antinatural de las calenturientas imaginaciones modernistas.

Las letras del título corrían parejas con las flores: alargadas unas, encogidas otras y contrahechas todas.

La primera plana estaba, por decirlo así, en blanco. Arriba, en el rinconcito de la derecha, el nombre de la revista; abajo, en el rinconcito opuesto, el sumario, y en el centro, como un

brado autor de los «Ripios» —de los cuales eran imitación aquéllos— y dí en la ocurrencia de enviárselos por averiguar que casta de juicio emitiría el ingenioso autor de los «Des-trozos literarios» acerca de los *De-sastres modernistas*. Y hasta tuve la avilantez de rogarle, en el supuesto de que los diputase dignos de la publicidad, dos líneas siquiera a guisa de prólogo, si en ello no había para él desdoro de ningún linaje.

Cuál no sería, pues, mi asombro al recibo de la tarjeta que voy a transcribir, cuyas frases laudatorias no pude menos de ponerlas en la cuenta del cariño, el cual siempre mira con vidrio de aumento a las personas y las cosas.

Héla aquí:

Pedrosa 10 de octubre de 1918.

Sí, amigo querido, sí; me gustan mucho los «De-sastres modernistas»; tienen mucha gracia, y formarán un libro muy hermoso, que no necesitará padrino.

Se lo digo a usted porque no podré apadrinarle, pues da la casualidad de que todo lo que leí ayer tarde y anoche, todo graciosísimo, va sobre N. (aquí el nombre y apellido de un conocidísimo poeta). *Todo es muy justo; pero N es un devoto mío tan antiguo y*

tan constante, que el celebrar su vapuleo, resultaría una horrible ingratitud...

Yo le pondré prólogo a otro libro que usted haga.

Suyo affmo. amigo,
Antonio de Valbuena

Por donde se trasluce—dicho sea de paso—a nobleza y bondad de corazón del formidable crítico, motejado de huraño por los que no le conocen en la intimidad, y se le figuran tan sólo por aquel retrato de «Madrid Cómico»:

Hace una prosa escogida;
su fina sátira abruma,
y donde pone la pluma
sale un chichón en seguida.

No supe, ni sé, a la verdad, expresar mi gratitud sin medida al anciano maestro por la merced de aquellas palabras tan llenas de aliento y cariño, causa de la publicación de los *De-sastres modernistas*. Quede siquiera consignado el deseo.

Y antes de pasar adelante, bueno será poner aquí unas oportunas advertencias.

Pecadoras son mis manos, como las de todos. Así en asuntos literarios como en cualquiera otra materia, el defecto es el sello de las menguadas obras humanas. Ni el tan en-

cumbrado Cervantes se ve libre de dar *traspieses*.

Una cosa son los defectos leves, y otra muy distinta las faltas graves. Nada extraña ver salpicados los escritos con los primeros; afearlos con las segundas y como de propio intento, pecado literario es al cual no debe alcanzar el perdón a menos que aparezca manifiesto el propósito de la enmienda.

Dice Horacio a este propósito en su «Arte Poética», código inmortal del buen gusto, en frase de La Harpe:

> Verum ubi nitent in carmine, non ego paucis
> offendar maculis, quas aut incuria fudit,
> aut humana parum cavit natura...

Esto es, que cuando en una obra brillan muchas bellezas, no hay que ofenderse por algunos lunares que, o se escaparon por descuido, o no pudo evitar la natural flaqueza humana. El sol tiene manchas.

Mas para las ideas desmoralizadoras por mordaz y pungente que sea la sátira, paréceme benigna; y es así que el modernismo bajo su anárquica forma gramatical y literaria, oculta por lo regular, un fondo de funesto sensualismo y perniciosa rebeldía.

«En toda crítica — escribe el P. Graciano Mar-

tínez («De paso por las Bellas Artes»)—nunca se debe prescindir de examinar concienzudamente la calidad del fin que se ha propuesto el autor de la obra de arte. No se puede negar que el fin de una obra redunda en bien o en mal de la obra misma. ¿Que el fin es malo, dañino, perverso, antisocial? Condénelo la crítica con toda su energía, pero sin apasionamientos que la impulsen a negar las bellezas que pueda haber en la obra». Y poco después añade: «No hay más que una crítica literaria y ésta debe ser imparcial y distinguir con mucho cuidado entre el autor de la obra y la obra misma. El autor puede ser pecadorísimo, pero le ha de juzgar Dios; lo que al crítico incumbe juzgar es la obra, la buena o mala literatura de la obra.

Sea así: mas regla de conducta ha de ser no alabar la bella forma de un fondo inmoral, por lo mismo que no está bien ensalzar la hermosura y las buenas maneras de una mujer perdida.

Hechas las anteriores salvedades, manos a la obra.

Cuentan que Campoamor en cierta polémica dijo a Castelar:

«Desengáñese usted; pero por más prenda-

dos que estemos de su talento, sentimos tener que aplicarle aquel dicho de un hombre célebre: el señor es un disparatado; yo soy quien lo dice y él es quien lo prueba.»

O lo que para mi intento es lo mismo: Los modernistas son unos disparatados: yo soy quien lo afirmo y ellos son quienes sobradamente van a demostrárnoslo.

DE-SASTRES MODERNISTAS

SALVADOR RUEDA

I

Antes de tender en el mostrador el paño, bueno será dar a conocer el sastre.

¿Quién es Salvador Rueda?

Contesta el muchacho «talentoso» de *Juventud Castellana:*

«Un vate excelso que sabe recoger en su arpa andaluza las vibraciones más altas de la naturaleza, transparentándolas en un ritmo cálido y deslumbrante...; el cincelador prodigioso de rimas deslumbrantes, que sabe sorprender los secretos de la naturaleza, arrancándole sus ritmos y su vida, su luz, su fuego y su alma...; el gran expansivo poeta que va dejando tras sí una obra revolucionadora y gloriosa...; poeta colosal que ha hecho de su pampoetismo una religión, y de la magnificencia en la forma un culto...

»¿Veis el desfilar gigantesco de imágenes poderosas que doma su ritmo, que cabrillea en sus versos, que salta en sus prosas encendidas, como luminarias urentes y magníficas? (Colección de fuegos artificiales). Pues así es la conversación de este muchacho grande (no vale tomar el pelo) que tiene la pureza de un niño (ya lo veremos) y la reciedumbre de espíritu sobrada para lanzar con naturalidad las más raras metáforas colosales...»

Como raras sí que lo son: Colosalmente raras.

A la prueba, sin perder tiempo.

Venga acá la poesía premiada con la flor natural en los Juegos Florales hispano-portugueses celebrados en 1909 en Salamanca. Don Salvador recibió a mayor abundamiento un regalo de Su Majestad la Reina y 750 pesetas por añadidura.

La poesía, pues, debe ser de primera.

¡Salamanca, madre nuestra!

Tal es el título enfático de la composición. Ya nos convenceremos después, de que Salamanca ni es madre del poeta, ni tía, ni abuela.

Allá va el primer verso:

«Son tus piedras cual ubres empapadas de ciencia...»

En mi vida he visto comparación más dispatada. Las *piedras* de Salamanca comparadas con las *ubres*. ¿Y con ubres empapadas de ciencia? ¡El disloque!

Tengo para mí que debe de haber algún parecido entre los modernistas y las piedras de Salamanca. ¿Cómo se explica, sino, que vayan *a dar en ellas* los más conspicuos del modernismo?

Unamuno, sin ir más lejos, de buenas a primeras, se encara con Salamanca y dice:

«*Pedernoso* cual tú, sea mi nombre»

Conviene a saber, que el nombre del ex-rector salmantino sea de la materia de los adoquines. Por mí ¡psch! Mas no hay que divagar tan pronto. Volvamos al primer verso de la poesía laureada de don Salvador.

«Son tus piedras cual ubres. .»

Pongo a la consideración de mis pacientes lectores, para que agucen su buen ingenio, esta adivinanza modernista, *rara metáfora colosal*, que diría el otro:

—*¿En qué se parecen las piedras a las ubres?*

Aquí lo de los calendarios: la solución mañana.

¿Atina alguien con' la solución de la adivinanza?

Las ubres pueden compararse a las piedras cuando por causa de alguna enfermedad vuélvense *duras* como las *piedras;* pero éstas ¿qué punto de semejanza tienen con las ubres? Todos los modernistas habidos y por haber no podrán jamás poner de manifiesto tal semejanza, aunque años enteros se estén chupando, chupa que te chupa, toda la ciencia *empapada* cn esas ubres *pedernosas*, como las calificaría Unamuno.

Puesto Rueda a comparar disparatadamente, lo mismo pudo comparar las piedras a las calabazas, empapándolas bien de ciencia. Así ya se podían dar calabazas. ¿No es verdad?

Sigamos:

«Son tus piedras cual ubres, empapadas...»

Aquí te quiero escopeta, en esta gazapera literaria. Las ubres, mi señor don Salvadorcito, podrán estar *repletas* pero no *empapadas*. Para que una cosa se empape, o empape a otra, es menester que se llene de líquido interior y *exteriormente*. Ejemplos: una esponja dentro del agua; el pan dentro del vino, si usted quiere hacer sopa en vino, etc., etc. ¿Se ha

PROVINCIAL

empapado usted bien del verbo *empapar?* Porque hace más de veinte años que viene usted abusando de dicho verbo.

¿Recuerda usted aquella composición suya titulada «Contorno» publicada el 1885 en el «Album poético» de la «Ilustración Ibérica», y adornada con un bonito grabado alegórico? Voy a transcribirla para solaz de los lectores:

«*Atestada* la selva de murmullos;
misterios en las ramas y en las flores;
en los nidos secretos y rumores
y aroma y *placidez* en los capullos;
en la *hojarasca* silbos y *barullos* (!)
de serpientes de trajes de colores (!!)
tinieblas en el cielo y resplandores;
y en los pinos dulcísimos arrullos.
Por medio de la selva, rauda y fría
la corriente *dilata* su oleaje;
la ola se pierde en la *tiniebla* (!!) umbría.
Y el pájaro entretanto en el ramaje,
empapado de sueño, aguarda el día...
en un pie sostenido su plumaje...

¿Qué pájaro será ese, empapado de sueño, que aguarda el día «sostenido» ¡en un pie! su plumaje? ¿Y no sostiene más que *su plumaje?* ¡Ay, qué pata, digo qué pie! ¡Qué pajarraco! Como está el pobrecito *empapado de sueño*, no sabe lo que hace...

Empero... inocentemente héme distraido. Vengamos de nuevo al primer verso de la composición premiada.

«Son tus piedras, cual ubres empapadas *de ciencia*»

Otro gazapo que se deja coger.

Metafóricamente se puede en lenguaje castizo usar el verbo *empaparse* en el sentido de llenarse una persona, de alguna idea o afecto, de suerte que ocupa todo el entendimiento o la voludtad; pero con tal de existir siempre relación clara y espontánea entre lo que se empapa y el«empapante».(¡Despampanante!)Ahora bien: entre las ubres y la ciencia ¿en dónde está la clara relación?

«Son tus piedras cual ubres, empapadas de ciencia, saturadas de ritmo, de vigor y elocuencia.»

¿Y por qué no *de* elocuencia? Por no caber en el verso ¿ver !ad?

Con cualquier cosa satura usted las ubres. Mejor le fuera saturar de sal las berzas..

«saturadas de ritmo, de vigor y elocuencia,
que han nutrido la raza de *un* licor maternal»

Del licor maternal, se dice. Maldita la falta que hace ahí ese *un*.

«de tus piedras formadas con remotos vestiglos"

¡Acabáramos! Formadas las piedras de Salamanca con horrendos mónstruos ¿qué había

de ellas sino horrendas *ubres* y horrendas metáforas?

«de tus piedras fomadas con remotos vestiglos
han bebido la leche de la vida los siglos,
que te han vuelto una vasta sementera ideal.»

¡Imagen basta y vasta! Figúrense ustedes los siglos como unos *nenes* o *rorros*, bebiendo con biberón la leche de la vida en las *ubres de piedra* de Salamanca. Realismo del género tonto.

«Aun susurran tus piedras...

Date, digo, dale con las piedras! ¡Qué empedernido de hombre! Y ¡cómo *apedrea* o *empiedra* los versos!

«Aun susurran tus piedras la interior armonía»

¡Qué van a susurrar! ¿Y armonía interior? Las piedras en tal caso serían huecas y sonarían lo más a *hueco*. ¡Vaya con los instrumentos de música de don Salvador! Unas piedras-ubres—musicales—empapadas de ciencia. Lo más conveniente será que don Salvador vaya con esa música a otra parte.

«Aun susurran tus piedras la interior armonía
de tu antiguo venero de sublime poesía;
tus palacios, tus templos, tienen eco, luz, voz»

Primero la *voz* que el *eco* ¿eh?

«cual fonógrafo histórico te quedaste encantada»

Un fonógrafo de órdago, como ustedes ven que nos deja encantados... de la fantasía del señor Rueda. Los *discos* de ese fonógrafo *pedernoso*, impresionados por Juan de la Encina, por el marqués de Santillana, por Meléndez Valdés, por Fray Luis de León ¡vaya! podía darse cualquier cosa por oirlos; pero el *disco* que don Salvador impresionó en la «malagueña» que cantó en los «Juegos Florales», y el *zortzico*, pongo también por caso, con que se «arrancó» poco antes el señor Unamuno, daría... gloria el oirle en el fonógrafo histórico de la Salamanca encantada.

Prosigamos:

> Cual fonógrafo histórico te quedaste encantada
> repitiendo a los hombres tu poesía sagrada
> que atraviesa las almas, como río veloz.

Así las gastan esos fonógrafos y esas piedras susurrantes: partir por el eje a las almas con su música, digo con su poesía sagrada.

Vaya una laborcita que la tal poesía sagrada de las piedras está haciendo a juicio del señor Rueda: ahí es nada atravesar las almas de medio a medio, como uno de esos ríos impetuosos que arrastran en corriente veloz peñascos, troncos y cuanto hallan al paso. ¡Buenas quedarían las almas! Por suerte de ellas todo que-

da reducido a música desafinada de palabras.

La poesía de los vates salmantinos, mi querido don Salvador, suele ser tranquila y reposada como los remansos que forma el Tormes a la sombra de tupidas arboledas. Nada de río veloz, ni de atravesar nada, ni de partir por el eje a nadie. ¡No faltaba más!

Zúñiga, el bueno de Juan Pérez Zúñiga, aquel que ganó la *primera peseta* tocando el violín en una iglesia, como él mismo lo refiere, y que ahora gana muchas pesetas en «El Heraldo» tocando el violón, cuando vió la poesía de Rueda, se entretuvo en hacer «cosquillas» a su querido amigo de este modo:

"*¡Oh, Rueda inimitable! Ayer vi en* El Heraldo
que a Salamanca endilgas un cántico de amor!
De buenas a primeras nos hablas de la leche,
¡qué clara es esa estrofa, querido Salvador!
En la segunda estrofa nos hablas de las piedras,
y no resultan duros tus versos de zafir;
y en la tercera sacas a colación las plumas;
y pintas una clueca que no hay más que pedir.„

No se puede pedir, a la verdad, una clueca más inverosímil y estrafalaria: Héla aquí en el propio nidal:

«Como clueca gigante de alas nobles y puras
que caldea los claustros de las aves futuras
difundiendo en el nido su perfume vital,
en *tu seno de asombros* ¡oh, gran loba materna!
empolló el igneo ovario de tu cátedra eterna
las bandadas de espíritus con tu ardor inmortal.»

Casi no pueden decirse más desatinos en tan pocos versos.

Cuentan que en cierta ocasión preguntó un pianista al insigne Rossini:

—¿Qué tal juzgáis mi obra?

—Juzgo, respondió Rossini con la sorna que le era peculiar—que vuestra obra es verdaderamente asombrosa, y que habéis desplegado casi tanto poder como el Supremo Hacedor; porque D os hizo el mundo y vos habéis hecho... el caos.

No otra cosa ha hecho don Salvador en la asombrosa estrofa de la clueca.

Como que llega a confundir la zorra, digo, la loba con las gallinas.

Pase lo de comparar a Salamanca con una fenomenal *gallina clueca;* pase la *nobleza* y la *pureza* de las *¡alas!;* pase que la clueca caldée los claustros ¡de las aves! ¡¡y de las aves que han de venir!!; pase el perfume... vital que la clueca difunde en el nido (¡qué perfume será ese! supongo que no será el de la cola..) pase...

Ya ve usted mi señor don Salvador, si le doy *pases*... Pasen volando y todo las *bandadas de espíritus*... y que se vayan a hacer gárgaras con agua fría para calmarse el ardor ¡ay! inmortal. Lo que no puede pasar en modo alguno, es la cofusión lastimosa y la monstruosa mezcolanza de la *loba* con la *clueca*. Obliga usted a la *clueca* ¡pobrecita! a empollar dentro de la barriga de la loba, y ¡vamos! don Salvador, eso pasa ya de castaño oscuro.

Una comparación llena los tres primeros versos. El *seno de asombros* del cuarto, es de la loba, pues a ella se dirige el poeta en el vocativo «¡Oh gran loba materna!» En tan raro seno de asombros empolló... la clueca. Lo supongo yo porque la acción de empollar a la clueca pertenece: ¡no iba a empollar la loba! Ahí tienen ustedes, por obra de don Salvador, una clueca empollando en la barriga de una loba.

Ya con todo cuidado advierte el señor Rueda que dicho seno es un seno de asombros... ¡Oh, qué asombro! ¿Ustedes no se asombran? ¿Y le premiaron a don Salvador un seno tan asombroso? Ay, qué sombra tiene usted, don Salvador, qué sombra!

Mas no hay que exagerar. Volvamos del otro

lado la tortilla del ovario, y verán como todavía presenta peor aspecto.

El *pensamiento* magnífico del señor Rueda, deshecho el hipérbaton, aparece así: «Oh, gran loba materna! El ígneo ovario de tu cátedra empolló las bandadas de espíritus en tu seno de asombros con tu ardor inmortal».

(Un *tú* en cada verso es una regular manera de «tutear»...)

Paréceme a mí que ningún ovario, sea de quienquiera, mucho menos el de una loba o el de una ¡cátedra!, ningún ovario, digo, puede *empollar*;

que no puede ser *ígneo* o de *fuego*, porque, claro está, se abrasaría;

que no se pueden empollar bandadas de espíritus sin confundir los *pollos* con los *espíritus;* y

que esas *bandadas* no pueden volar dentro de la barriga de una loba por muy barriguda que sea.

Resulta, por tanto, que con la *clueca* gigante y la gran *loba;* con el *perfume* de la cola (?) de la clueca y la *nobleza* y *pureza* de las alas de la colosal gallina; con el *ovario ígneo* y las *bandadas de espíritus* que huyen del sentido común a la desbandada; con la *coladura*, digo,

caldeadura de los claustros de las *aves futuras*, y, más que nada, con el asombroso *seno de asombros*... el señor Rueda hizo en la susodicha estrofa... el caos.

Lo que les dije a ustedes.

Adelante:

«Ancho río de hombres fué el hervir de tu fuente,
que partió en cien raudales su fecundo torrente
y cubrió todo el mundo de un inmenso laurel
tú enseñaste a los hombres, alamanca divina
a que fuesen abejas de una luz peregrina,
y a que cada alma hilase su áurea gota de miel.»

«Ancho río de hombres»: otra metáfora colosal. Me río yo de ese río y de los *peces* que bajan por él;

«Ancho río de hombres fué el hervir de tu fuente.»

Otra que te pego. «El hervir de la fuente de Salamanca fué ancho río de hombres». ¿El *hervir* fué el río? ¿Usted qué dice? ¿El *hervir*, a lo sumo, sería el origen del río. Pues eso del *hervir* de la fuente? Vamos, que sería cosa digna de ver la tal ebullición de hombres unos piernas abajo y otros piernas arriba.

Y suaves «encontrones» que se darían al ser arrojados por el fecundo torrente y partidos en cien raudales. Se estrellarían de fijo.

Por más que bastante había de importarles,

puesto que saldrían del agua hirviente ¡es natural! *cocidos*...

¿Y aquello de la fuente cubriendo todo el mundo de un imenso laurel?

¡Eche usted laurel! Por falta de él no dejará de haber guisados y estofados.

No se atina bien cómo la fuente puede cubrir con un laurel todo el mundo, pero es lo que se diría el poeta *laureado:*

—Pues señor... para que en Salamanca adornen mi cabeza con una *laureola*, voy a hacer *laurífera* mi composición cubriéndola de laurel.

Y dicho y hecho, sin caer en la cuenta de que dicho arbusto es de mediano tamaño y de ramas recogidas, plantó un laurel que cubrió no sólo la poesía, sino la redondez del mundo entero. Así se hacen las cosas, lo demás es tacañería.

Dice después que Salamanca enseñó a los hombres

«a que fuesen abejas de una luz peregrina»

¡Y tan *pelegrina!* Le gusta tanto a don Salvador la luz que se *alucina* con demasiada frecuencia y sus ojos fascinados ven luz hasta en las abejas, confundiéndolas con los gusanos de luz.

No, señor, no. El distintivo peculiar de las

abejas es el ser laboriosas, no la luz, por peregrina que sea.

También los enseñó

"*y a que cada* alma, hílase su áurea gota de miel„

¡Y a que ca! ¡Ca... ramba que mal suena el principio de este último verso!

Ahí tienen ustedes ahora a las almas hechas unas hilanderas, que hilan no lana, sino miel. Apuesto que chupan el uso.

¿Y nada más *hilan* una *gota*? No sea usted roñoso: ¡eche más miel; siquiera unas gotas!... No tenga miedo de que se le llame el tío de la miel...

Dejamos, por tanto, a las almas *hilando* unas *gotas*.

Como ven ustedes, no hacen muy mal papel...

Vamos a la quinta estrofa:

«Inspirada Sibila de los tiempos remotos
no *son* rotos tus plintos ni tus dioses *son* rotos...»

La que está rota es la Gramática en manos de don Salvador. Ignora, por lo visto que el verbo *ser* designa la existencia de las cosas sólo en abstracto, y que a la forma *estar* corresponde el designar el modo de existir transitorio.

«No *están* rotos tus plintos, ni tus dioses *están* rotos» debló decir en buena sintaxis.

Váyanse ustedes fijándose, al propio tiempo, en la serie de transformaciones por que hace pasar a Salamanca. Ahora es Sibila.

> «tu viril semillero (!) tuvo audaz sucesión;
> aun se escucha en tus cátedras a los altos doctores
> y aun se siente cual eco de una abeja entre flores
> la divina palabra de Fray Luis de León».

Nada, lo de siempre: comparaciones absurdas. La palabra *divina* de Fray Luis de León comparada con el eco del zumbido de una abeja, la cual no por estar entre flores deja de zumbar lo mismo.

Por igual procedimiento se puede comparar la palabra *humana* de don Salvador al eco de un zángano de colmena.

Mas con estas cosas no he traído a colación el comentario de Zúñiga:

> *"La estrofa cuarta empiezas con un inmenso río*
> *¡sin una lavandera que lave ropa en él;*
> *y acábasla entre enjambres de abejas peregrinas*
> *haciendo a Salamanca panal de rica miel.*
>
> *La sexta empieza en coro y en una fuente acaba..*
> *Y en punta la remata Fray Luis* el *del León*
> *Bien vas del coro al caño sin dar un tropezón!*

No hagan ustedes caso de Zúñiga. Eso de que su amigo va bien en la sexta estrofa es una *zuñigada*. No solamente da tropezones el señor Rueda; lo peor es que cae y ¡naturalmente! rueda...

Venga acá usted, sino, señor Zúñiga y dé fe de ello.

Estrofa sexta:

«En tus clásicos muros suenan líricos coros»

Repite aquí su querido Salvador la música ratonera de aquel otro verso ya puesto en solfa:

«aun susurran tus piedras la interior armonía»

Y es cosa de volverle a echar con la música a otra parte.

Si dijese que los líricos coros suenan (cantan o se oyen) dentro del espacio que media entre los muros ¡psch!; pero los coros, (no sabemos cúyas son las voces de esos coros) suenan *dentro* de las piedras o del hormigón de los muros salmantinos. ¿Que cómo puede ser eso? El que quiera saber que vaya a Salamanca.

Que los coros suenan *dentro*, según se le antoja a su amigo, señor Zúñiga, no cabe linaje alguno de duda, porque añade inmediatamente:

«Si estrujasen tus bloques dieran versos sonoros»

¿Se convence usted de cómo la música o los coros andan por dentro?

Que ¿qué diabluras andan haciendo por allí? ¡Ah! eso no puedo decírselo a usted. Probablemente cosas del diablo.

«Si estrujasen tus bloques...»

No, no; que no los estrujen; no sea que al pretender estrujarlos se vengan abajo y aplasten a don Salvador.

Bloque significa piedra grande basta, de por labrar, en bruto.

Cuanto más en bruto y más grande, tanto mejor bloque; así es que los bloques estarán bien en cualquier lugar menos formando muros.

Ahora bien: imagínese usted a su amigo en la actitud hercúlea de *estrujar bloques*. Sabe usted muy bien ¡qué no sabrá usted, señor Zúñiga! que estrujar es apretar alguna cosa sacándole el jugo.

Así se estrujan las aceitunas para sacar aceite; se estrujan las uvas para sacar el *mosto*, que tanto gusta a los modernistas... y a los que no lo son.

Luego ponerse a estrujar *bloques*, viene a ser cosa parecida a pedir peras al olmo, ciruelas al alcornoque o al golfo cotufas.

Hágame la merced, por tanto, de advertir a su Salvador que con tales *estrujones* se expo-

ne a emparentarse con el que asó la manteca...

Esto de los bloques me trae el recuerdo del bloque izquierdista que andaba rodando por España, cuando Salvador Rueda sudaba el kilo en la improba tarea de estrujar los bloques salmantinos.

Comenzó el bloque izquierdista en Zaragoza con un discurso de Moret, y se deshizo en Valladolid con otro discurso del mismo, a manera de himno fúnebre. Y como cosa es sabida de todos que los duelos con pan son menos, los bloquistas reunidos en la capital castellana se dieron el pésame en un opíparo banquete.

Conservo por curiosidad los datos de los comestibles y... *bebestibles* de aquel festín de Baltasar consignados por Morote, no Moret, testigo de... boca con Melquiades Alvarez, Canalejas, Galdós, Romanones, Alba, etc., etc.

Consumieron los *bloquistas* 300 kilos de sopa (¡sopla!), 200 latas de sardinas, 150 kilos de salmón (esto ya sabe de otra manera); 40 kilos de salchichón (la cosa se complica, es de advertir que era tiempo cuaresmal); 3 arrobas de aceitunas (es de creer que dejarían los huesos); 150 kilos de solomillos (¡pobres terneras!); 200 capones de Bayona (¡franceses ha-

bían de ser!) 3.000 alcachofas (¿cuántas se zamparía cada uno?); 100 kilos de *fiambres* (!); 150 kilos de queso (de bola); 1.000 naranjas y 60 kilos de manzanas; 2.000 panes de Viena (una panadería entera); 1.000 botellas de vino de Rioja, 60 botellas de coñac y 360 botellas de champagne.

De presumir es que con tanto líquido alguien pescase alguna «carpanta». Acerca de esto nada dejó consignado Morote.

Para remate de fiesta los músicos amenizaron la «cuchipanda» con números de «Las Bribonas» entonces en boga. ¡Qué bribones!

Mas vengamos al caso. Si Salvador Rueda, en vez de los bloques *inestrujables* de Salamanca, estruja el bloque de las izquierdas...

Antes del banquete no hubiera sacado en limpio, digo, en sucio más que la bilis anticlerical; pero después de la comilona, apuesto que hasta hubiera engrosado el curso del Pisuerga.

Perdóneseme la digresión y adelante:

«Si estrujasen tus bloques dieran versos sonoros»

Sos-so. ¡Sosos! ¡qué habían de dar!

«...no podrás extinguirte ni jamás fenecer;
de Fray Luis a Meléndez core un puente encendido.»

¡Encendido! Se abrasa, de seguro.

Extrañaba yo que el señor Rueda no termi-

nara por incendiarnos la poesía; porque es antigua costumbre de él meter fuego en todos los versos; y lo que debiera hacer es meter los versos en el fuego, como le aconsejaba el malogrado «Eneas».

Cojan ustedes—decía este escritor—un tizón de la lumbre; sujétenlo bien en la mano, comiencen en seguida a dar vueltas vertiginosas con el tizón en el espacio y verán salamandras misteriosas mordiéndose la cola, círculos de oro, espirales sin fin y versos de Salvador Rueda, dorados a fuego.

Retirémonos del puente encendido, dejémosle que se queme y no queden ni pavesas.

«De Galán hasta Horacio vibra un son transmitido;
no ha cesado tu fuente de correr y correr.»

Está visto: le ha dado por correr en esta estrofa, llena de muros bloques y puentes, y así son los tropezones y las caídas.

¿Qué tendrá que hacer en la estrofa un son tan sin ton con el puente corrido y con la fuente que no cesa de correr?

Y ¿por qué el son es transmitido (no se sabe por donde) de Galán a Horacio y no de Horacio a Galán?

Pues... ¡velay! como dicen los de Valladolid.

Estrofa de las cigarras:

«Se alimenta tu verso de la savia latina,
de Virgilio y Horacio la cigarra divina
por el cable del ritmo le transmite su son;
y al través de tus líricos la cigarra resuena,
la cigarra los hinche, la cigarra los llena,
y susurros de vinos son ardiente canción.»

¡Usted se *cigarrea*, don Salvador! ¡Usted tiene las cigarras en la cabeza, querido!

¡El melifluo autor de las «Geórgicas» y el autor armonioso de la oda «Beatus ille», sonando y cantando como una cigarra!... Hubieralos comparado a la calandria mañanera, que derrama sus alegres musicales gorjeos a la luz de la naciente alborada, despertando a la naturaleza del sueño de la noche, y podía pasar la comparación; pero Virgilio y Horacio cigarras?

¿No sabe usted, don Salvadorcito, que el canto del hemíptero en cuestión es monótono, áspero, desabrido, desapacible, ingrato y para acabarlo de arreglar, persistente?

Por la razón que a usted le asiste puedo yo componer el verso de este modo:

«De Virgilio y Horacio los *grillos* divinos»

o así:

«De Virgilio y Horacio las *ranas* divinas»

O *asao:*

«De Virgilio y Horacio los jarros de vino.»

¿Que no tiene relación ninguna ni por asomos, con los dos excelsos poetas? Es lo que yo digo.

Aunque lo de los jarros, al menos, allá tira a los *susurros de vino son ardiente canción.*

¡Ardiente! Sí, la cosa está que arde. ¿De dónde sacará el señor Rueda «los susurros del vino», y qué tendrán que ver con la cigarra que anda transmitiendo *cablegramas* a Fray Luis, a Meléndez y Galán?

En otra estrofa más abajo, el señor Rueda, trae de nuevo a colación el «morapio», llamando a Salamanca *vino inmortal.*

Lo que sirve a Zúñiga para decir a Rueda:

«En la novena vuelves a darte a la bebida
y en inmortal conviertes el vino moscatel»

¡Caracoles con Zúñiga, no se muerde la lengua, no!

Pues antes le había dicho:

«La estrofa que le sigue la llenas de cigarras
con vinos la rocías del Rhin o del Perú;
cantando la cigarra pasó el verano entero
¡cantando a Salamanca las horas pasas tú!»

O yo no sé distinguir de colores o Zúñiga llama a Rueda holgazán. Porque

«cantando la cigarra
pasó el verano entero»

son los primeros versos de la fábula de Samaniego «La Cigarra y la Hormiga». Por estar la cigarra cantando el verano no hizo provisiones para el invierno; y cuando el frío la hizo callar, el hambre le abrió la boca para llamar a las puertas de la panera de la hormiga y pedirle prestado alimento.

—¡Yo prestar lo que gano
con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana:
¿Qué has hecho en el buen tiempo?

—No me ocurre lo de la cigarra de la fábula—replicaría Salvador Rueda a su amiguito—; porque por cantar así me premiaron con la «flor natural»; prendióme en la solapa la Infanta Isabel un precioso *imperdible* de rubíes, que me regaló S. M. la Reina doña Victoria, y recibí además 750 pesetejas, y me «ovacionaron» y me «banquetearon» y... ¡qué se yo cuántas cosas más hicieron conmigo! Conque ahí me las den todas, en la cigarras...

Pues por mí... que se las den.

Sabemos que a don Salvador le gusta mucho el cántico de la cigarra.

También a Gabriel y Galán le gusta; pero por qué?

Porque en las tardes del estío a la hora de la siesta *entontece* de gusto convidando a dormir; porque es un sonsonete *dormilón:*

«rezumbal de mosconis que vuelan
u cantal dormilón de chicharra
que entonteci de gustu en la siesta.»

Por donde se saca en consecuencia que la poesía con que don Salvador pasó el verano cantando a Salamanca como la cigarra (al decir de Zúñiga) es tan solo buena para dormirse uno leyéndola.

Aun llego a la mitad de la composición soporífera laureada. Temo ya molestar a los lectores, y por tanto, los comentarios han de ser breves.

«Salamanca doctora, profetisa inspirada
de tu *Meca* despide para toda cruzada
sabios, héroes, poetas c ronados de luz;
a ti vuelve los ojos nuestra raza rendida;
dale tu fuerte savia, *dale* tu inmensa vida
y que a todos sus triunfos lleve en alto la *cruz*.»

De tu Meca! De Ceca en Meca si que anda don Salvador. Antes Salamanca era sibila, ahora es profetisa. De la *Meca* sale una *cruzada:* ¿habráse visto?

«A beber van las almas a remotas cisternas
cual si hubieras sacado tus corrientes eternas,
es más claro que nunca tu veloz manantial
nunca fué más fecunda tu virtud prodigiosa,
nunca fué más *latente* tu eficacia gloriosa
ya *encastada* de siglos eres vino inmortal.»

¿Qué vino ni que aguardiente? ¿Cree usted que Salamanca es acaso una bodega o almacén de vinos?

Pues ábate aquello de a «beber van las *almas* a remotas cisternas». Póngalas siquiera un caño para que beban cómodamente y no las haga usted meterse en los algibes, expuestas a ahogarse.

—Señor Zúñiga ¿qué dice usted de todo esto?

—Ya escribí a Salvador diciéndole:

La estrofa octava dice que la ciudad famosa
despide trovadores y sabios a granel;
y en la novena vuelves a darte a la bebida
y en inmortal conviertes el vino moscatel.

No me parece mal. Que prosiga el señor Rueda.

«Tu raíz es tan honda que recorre y enlaza
todo el plano glorioso del solar de la raza,
no hay poder, Salamanca, que te hiciera morir;
si de tí se tirase cual de planta frondosa
toda España sería tu raigambre grandiosa
¡pan inmenso de tierra que el mar viene a ceñir.»

¡Pan inmenso! Esto no es un pan, es una *hogaza*. Aquí le dió al señor Rueda por meter-

es a panadero; desconocía por lo visto que el pan se hace con harina, y en vez de pan... sacó un fenomenal *pastel*.

¡Pan inmenso de tierra! Y ¿quién le come? Que le coman los modernistas que son los que amasan tales panes.

Y ¿quién sería el majo que tirase de la *planta frondosa* de Salamanca, cuya raigambre grandiosa es toda España...?

«Salamanca sublime, Salamanca maestra,
la de nombre profético, la ideal madre nuestra,
la doctora, la sabia, la del jugo español (!;
entre tantas ciudades donde *Dios ríe y canta*
no hay ninguna más sobria, más severa, más santa
más altiva, más noble, más dorada del sol.»

Y más plateada de la luna, añado yo.

...donde *Dios ríe y canta*... ¡Majadería irreverente se llama esa figura!

De tí es digna la cara de esa Reina divina
que preside el gran triunfo de esta fiesta latina
en que a dos fuertes razas logra el arte juntar;
a dos pueblos preside y *se basta ella sola*,
es tan bella la cara de la Reina española
que con *dos medias lunas* Dios la quiso formar.

¡Olé por la *flor* que ofrece a la Reina el señor Rueda! ¡Vaya ingenio y vaya gracia! Para llamarla bella dice que la cara de la Reina está formada con *dos medias lunas*. Pues dos me-

dias lunas, en toda tierra de garbanzos, componen una luna entera. Y no sé yo si alguien habrá entre las del sexo bello a quien agrade y complazca que le comparen su rostro a una luna entera.

¿No ha visto usted, don Salvador, cómo suele pintarse la *faz* de la luna llena?

¿Le parece a usted bonita aquella ancha cara de burla que a la fantasía popular le parece distinguir en el iluminado planeta de la tierra cuando se halla en plenilunio?

Si más que cara de mujer parece la de un sargentón que esté de guasa...

> Con la cinta del Tajo de reflejos sombríos
> que ata dos dulces Patrias, como rey de los ríos,
> condecoro, Señora, vuestro altivo esplendor
> forman *dos medias lunas* vuestras puras facciones
> vuestro pecho de Reina forman dos corazones,
> y a tal pecho, tal banda de dos Pueblos de honor.

¡A qué extremos lleva la adulación!

Por echar la casa por la ventana el señor Rueda, echó toda el agua del Tajo sobre la Reina, a pique de ahogarla. Figúrense ustedes, si capaces son de ello, la *cinta* del Tajo ciñendo como una banda, el pecho Real. Quien dijo que son *colosales* las metáforas de este señor, se quedó corto. ¡Ni que fuesen grotescas caricaturas!

Pues ¿lo de los dos corazones formando un pecho? ¿Les parece a ustedes una cosa monstruosa? A mí también. Tal parece al menos a simple vista; ahora que examinándolo con detenimiento, no lo parece sino que lo es.

¿Y la repetición de las *dos medias lunas?* Esto tiene disculpa: la belleza original de una cara de luna llena. Por eso lo repite. Y para que se nos grabe bien.

> En el alto momento de esta fiesta sagrada
> en que eleva desnuda nuestro pueblo la espada
> un gran beso *pongamos* en su bélica cruz
> a hacer hilas, doncellas; a hacer versos cantores...

¡Alto, ahí! Norabuena que a las doncellas las invite usted a preparar hilas sedosas para con ellas restañar la sangre generosa que manen las heridas del bravo soldado español; pero *¡hacer* versos!... Como sean de la marca de los de usted ¡quite allá!, porque en vez de levantar el ánimo le aplanan.

> *a hacer* hilas, doncellas; *a hacer* versos, cantores;
> a la muerte, los héroes enterrados en flores...

¡Atiza! De éstas, pocas en libra.

Los héroes enterrados entre flores, debió decir el señor Rueda, porque no sé que haya flor tan grande que en ella pueda ser enterrado algún héroe, por *pequeñín* que sea. Ni puede

decirse de alguien muerto *en flor*, sino muerto en *la flor* de la vida, por ejemplo. Ni todos los que mueren dando pruebas de heroismo, mueren en la flor de la vida.

Quiso, por tanto, el señor Rueda decir que los héroes deben ser enterrados en sepulcro cubierto de flores, o adornado de flores, o sencillamente, enterrados entre flores.

Esto supuesto, vengamos al dislate mayor.

El poeta envía a los héroes a la muerte... ¿por qué a todos condenarlos a muerte? ¿Por qué no ir mejor en busca de la gloria, aunque tengan que saludar a la muerte, de cerca o de lejos?

¡No sea usted cruel!

Mas lo gracioso, digo desgraciado del caso es que después de haberlos enterrado en flores, los lanza de nuevo a la muerte. Véanlo ustedes: el orden gramatical es así: «Doncellas *a hacer* hilas; cantores *a hacer* (gárgaras) versos; los héroes enterrados en flores, a la muerte». No quiso decir tal disparate; pero le dijo. Ahí tienen ustedes a don Salvador, más fresco que un sorbete, *levantando muertos*, o enterrándolos en vida...

Aquí lo del baturro que conducía camino del cementerio a un colérico, quien volviendo en sí preguntó espantado al conductor:

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL VALLADOLID

—¡Chiquio! ¿ande me llevas?

—Otra qui diez; pus al cimenterio.

—¿Al cimenterio? ¡Si no estoy muerto, ridiez!

—¿Que no estás muerto? Lo saberás tú mejor que el señor méico...

Es lo que dirá Rueda a sus héroes, enterrados antes de hallarse con la muerte. ¡De fijo!

Por fin... ¡ah! respiremos. Hemos llegado al postrer verso de la última estrofa.

¡Viva España!, gritemos. ¡Caiga el cielo hecho luz!

Sí: ¡Viva España!, pero que no caiga el cielo, aunque sea hecho luz, porque nos coge a todos debajo.

* * *

Concluida está la poesía del señor Rueda, y bien será que concluyamos la del señor Zúñiga, que remata así:

«¡Oh Rueda! De igual modo que en tus amables (cantos
revuelves las cigarras, el vino, el corazón,
las piedras, las raigambres, los ríos, las abejas,
las cluecas y Unamuno con viva inspiración,
si a los rurales juegos de Salamanca un día
yo fuese por azares de la casualidad,
en múltiples estrofas sabría solamente
cantar de sus chorizos la hermosa calidad.»

Mejor resumen de la poesía laureada no podía hacerse.

Es, en efecto, la composición de Rueda una mezcla monstruosa de piedras y ubres, armonías «pedernosas» y fonógrafos históricos, cluecas y lobas, ríos de hombres y abejas de luz, plintos y sibilas, fuentes y puentes, vinos y cigarras, raíces y panes de tierra, Mecas y cruzadas, cintas y medias lunas, y... ¡qué se yo cuantas más cosas!

Cuando por vez primera leí la zarandeada poesía, por una pícara asociación de ideas vínoseme a las mientes el decadentismo del arte plateresco, la indigesta pepitoria del *churreguerismo*, que revolvía en las aparatosas cornisas, en los retorcidos fustes de las columnas y en el fondo de los recargados retablos, racimos de uvas, hojas sueltas, tomates, cabezas de monstruos, pimientos, cariátides, angeles mofletudos y panzudos y otras lindezas por el estilo: ¡tal es la profusión de imágenes tan sin orden y concierto colocadas! Parece aquella dislocación de cosas el delirio de un enfermo.

A fe que ha ganado el señor Rueda el dictado de el *Churriguera* de la poesía lírica contemporánea.

* * *

¿Y qué decir de la hechura de los versos? Admiten, de suyo, los alejandrinos poca variedad en el ritmo de acento. Llevan comunmente el primero en la segunda sílaba de cada hemistiquio; varía algunas veces cayendo en la sílaba cuarta, menos en la tercera y escasas veces en la primera. Involuntariamente vienen a los puntos de la pluma los alejandrinos del más grande de los líricos modernos:

¡Señor! Yo te conozco, mi corazón te adora;
mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
los cánticos que llegan al grande Jehová.
Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
y cantaré a par vuestro la glorias del Señor.
Mi voz fue a más dulce que el ruido de las hojas
mecidas por las auras del oloroso Abril,
más gratas que del fénix las últimas congojas
y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.
Más suave y majestuosa que el eco del torrente
que cruza del desierto la inmensa soledad,
más grande y más solemne que sobre el mar hirviente
el ruido con que rueda la ronca tempestad.

¿Eh? ¿Qué tal? Son parecidos los de Rueda, que llevan *siempre* en cada uno de los hemistiquios el acento de la tercera, imprimiendo a los versos unidad machacona de sonsonete in-

armónico, sin la variedad que aunque corta, admiten los versos del plácido Berceo, del turbulento Arcipreste, del exaltado Espronceda y del magnífico Zorrilla.

¿Y el léxico?

Pobrísimo y vulgar. No sale el señor Rueda de unas contadas palabras repitiendo a cada paso los mismos vocablos.

El movimiento se demuestra andando. Primer verso:

«Son tus *piedras*

Cuarto verso:

«De tus *piedras*...

Séptimo:

«Aun susurran tus *piedras*..

El epíteto *divino* prodígale a roso y velloso, y con una originalidad... original. Comienza lo *divino*:

»Tú enseñaste a los hombres, Salamanca *divina*
»De Virgilio y Horacio la cigarra *divina*
»La *divina* palabra de Fray Luis de León
»De tí es digna la cara de esa Reina *divina*.

Por donde se ve que para el señor Rueda lo mismo es *divina* una cigarra que una Reina.

Otro ejemplo de *variedad*:

Sabios, héroes, poetas coronados de *luz*
y que a todos sus triunfos lleve en alto la *cruz*

Ahora cambia los papeles:

Un gran beso pongamos en su bélica *cruz*...
¡Viva España! gritemos. ¡Caiga el cielo hecho *luz!*

Como ejemplo de *novedad* en las imágenes podría copiar la poesía «Las piedras de Méjico» y la dedicada «A Valladolid» con motivo del homenaje a Ferrari en 1907. En dichas composiciones repite lo del «fonógrafo», lo de las «abejas», lo de los «coros y susurros» etcétera, etcétera.

Respecto de la rima baste decir que, fuera de seis o siete casos, todas las consonancias de la poesía están formadas de este modo: sustantivo con sustantivo, como *ciencia* y *elocuencia;* adjetivo con id., como *maternal* e *ideal;* verbo con id., como *fenecer* y *correr;* participio con participio, como *transmitido y encendido.*

Pues así hacen los estudiantes de Poética y los principiantes versificadores.

Y si Salvador Rueda no aparece inmoral en esta poesía, bueno será advertir que casi todos sus escritos están manchados con el cieno sensualista. Hasta ha profanado la pluma con versos heréticos, como más adelante habrá ocasión de demostrarlo.

Ultimamente se le subió a la cabeza el vino

BIBLIOTECA NACIONAL

del modernismo, bebido por extraña copa «rubendariana», y perdió la armonía, la ternura y delicadeza de sus primeros versos.

Cuando otorgaron el premio de honor a la susodicha poesía, los periódicos liberales repicaron aldabas por lo alto, y alguno hubo, «Heraldo de Madrid», que hizo a bombo y platillos, esta presentación del poeta y de la poesía:

«NUEVO TRIUNFO DE RUEDA.—Natural era que, tratándose de fiesta tan grandiosa como los Juegos Florales de Salamanca (hispano-portugueses), presidida por altísimo prestigio Real, concurriese a ella y se llevase el premio de honor el rey de nuestra Poesía actual, Salvador Rueda. Como se verá, es hermosísima la composición laureada con el primer premio.»

¿Es posible dejar sin contestación estas aberraciones del sentido común, o mejor dicho del sentido raro, que diría el P. Coloma?

No acierto a comprender cómo fué premiada la tal *poesía*. ¿Se enviarán abiertos, tal vez, a los certámenes algunos pliegos?...

Mas... ea, don Salvador: que disfrute usted a gusto las 750 pesetejas; que luzca usted por todos los días de su vida el precioso *imperdible* que le prendió en la solapa la Infanta

Isabel; y que no se le olviden los aplausos y elogios alcanzados en la que fué Atenas española.

Yo, a la verdad, (hablo en serio) desearía que *salvara* usted los escollos del modernismo, porque el alma de usted no está hecha para las decadencias.

Si no los *salva*, le aseguro que no se *salva*.

Aunque se llame usted *Salvador*.

UN MUCHACHO «TALENTOSO»

Vengamos ahora al artículo de «Juventud Castellana», ocasión de los DE-SASTRES MODERNISTAS.

¡Cultivemos la soberbia!, exclama enfáticamente el articulista dirigiéndose, a guisa de épico trompetazo, a la juventud «intelectual».

Ignoro si el *cultivo* de la soberbia será como el de la remolacha, pongo por caso.

El cultivador ha de decírnoslo, que empieza a hablar de esta manera;

«Seamos fuertes de espíritu, *combativos* e impetuosos...»

¡Este muchacho es un huracán! Vaya unos ímpetus que despide...

Por lo visto es de los que se llaman *espíritus fuertes*, porque gracias a Dios, como decía don Cándido Nocedal, no han hallado frase castellana con que darse a conocer.

«Seamos fuertes de espíritu, *combativos* e impetuosos, y que oree nuestras frentes...»

En buena sintaxis, mi querido don Vicente, (que así se llama el articulista de los ímpetus) en buena sintaxis, se dice *nuestra frente* porque cuando una cosa es única en los individuos debe ponerse en singular y no en plural. Ejemplo: «Con estas razones, los modernistas se quedan con la boca abierta». Y no *con las bocas abiertas*, que es muy feo abrir la boca tantas bocas.

«...y que oree nuestras frentes la brisa *cálida* de la fe, salvadora y sana...»

Siendo cálida la brisa no sé cómo puede orearles a ustedes la frente, si orear, como enseña la Academia, es dar el viento en alguna cosa, refrescándola. Y no se marche usted por al tangente de la otra acepción del verbo *orear*, es decir, poner algo a que lo dé el aire

para que se seque, o marche la humedad o se disipe el mal olor contraido, pues por legítima consecuencia habría que deducir que ustedes tienen la frente mojada o humedecida o maloliente.

Por añadidura, la virtud de la fe es amiga inseparable de la virtud de la humildad, y enemiga irreconciliable del vicio de la soberbia. De modo que la fe, «cultivando ustedes la soberbia», no puede ni sanarlos ni salvarlos.

«... Con la mirada fija, esplendente, puesta en el ideal, pasemos con majestuosidades de imperio por medio del ágora (!) que vocifera y se revuelve y grita. Pasemos ondulantes...»

Eso sí que no lo consiento; que pasen ustedes ondulantes, u ondulando, o haciendo ondulaciones. Porque los quiero bien, se lo digo. Si pasan ustedes así, los llamarán... beodos, porque éstos son los que pasan ondulantes, o haciendo eses...

«Pasemos ondulantes y altaneros...»

Pero ¡hombre! Usted se empeña en ser todo lo malo. La altanería es un defecto que hace antipático a quien le tiene: créamelo.

«Pasemos ondulantes y altaneros sin pararnos ante los aplausos de la plebe, y sin que las censuras de la muchedumbre puedan dejar

en nosotros huellas de emoción, ni de espasmo.»

La proposición *ante* significa delante o en presencia de alguna *persona*... No suenan, por tanto bien los aplausos ahí. «Sin pararnos a escuchar los aplausos», pudo usted decir fácilmente. Aunque se me antoja mucho decir eso. ¿Sabe usted si la plebe ha de tributarles aplausos? ¡Como no sean silbidos!

Por lo que toca a las censuras, puede ocurrir que no señalen en ustedes huellas de espasmo; pero sí dejarlos *pasmados*...

«En unas hermosas meditaciones éticas predicadas... por Ramiro de Maeztu...»

No es lo mismo *meditar* que *predicar*; así como una cosa es *predicar* y otra *dar trigo*.

«...Ramiro de Maeztu, gran maestro en sutilezas de egocentrismo (!) se leía: «realiza el vanidoso su destino acoplándose (no venga con coplas) al gusto general; el soberbio al suyo propio. La vanidad produce títulos, doctores, sporman, santos (¡atiza!), apariencias y sombras; la soberbia produce hombres.» Esto está bien,»

Eso está mal. Rematadamente mal. ¡La vanidad produciendo santos y la soberbia produciendo hombres... Demonios, digo yo.

La soberbia, dejó escrito Saavedra Fajardo, es hija de la ignorancia, y la modestia de la sabiduría. La humildad hace de los hombres ángeles—dijo el gran Doctor Africano—y la soberbia, de los ángeles demonios. Pero ¿quién hace caso del sagaz autor de la «República literaria», ni quién alza la mirada para ver el majestuoso vuelo del Aguila Hipona?

A todo hay quien gane—dirá para sus botones Marín.—Ahí está Pedro de Répide que no se contenta con el primero de los pecados capitales, sino con todos los siete:

«Amo por cada ser todas las cosas.
Y esclavo soy de espíritus fatales,
que me arrastran con voces misteriosas
y llenan mi jardín con los rosales
donde florecen las sangrientas rosas
de los siete pecados capitales.

Aviado está Pedro de Répide. A ese paso se transforma pronto en Pedro... Botero. Perdone don Vicente la digresión y continúe:

«Hombres y sólo hombres es lo que necesitamos; hombres de escándalo por día...»

¿No hay a mano una pareja de Seguridad?...

Más supongo, don Vicente, que no será usted tan escandaloso como aparenta. No es tan fiero el león como le pintan.

Lo malo es que no escandaliza usted en la calle o en la plaza y se libra usted de los «romanones» subido a las columnas de la prensa.

No se le ocurra don Vicente decir esas tonterías y mucho menos ponerlas en práctica; porque si se convierte usted en un hombre de escándalo por día en su casa «verbigratia», hace usted de ella un infierno.

En vez de ahondar en las meditaciones «predicadas» de Maeztu, le aconsejo que medite estas graves palabras del Maestro Divino: «¡Ay de aquel por quien viniera el escándalo! Más le valiera que le ataran al cuello una rueda de molino y le precipitasen en lo profundo del mar».

* * *

Comentarios del articulista soberbio acerca de las *sentencias* de Maeztu?

«... Para los títulos nuestro desprecio olímpico...»

Despacio y buena letra. ¿Desde cuándo se ha subido usted al guindo, digo al Olimpo?

«... Y para los doctores nuestra sarcástica *sonrisa volteriana*...»

Es el primer caso de que un bobo (léase doctor) tira piedras a su tejado...

Por lo que toca a la sonrisa, antójaseme trasladar aquí el retrato de Voltaire hecho a buril por De Maistre, para que se observe la sarcástica sonrisa volteriana. «¿No habéis fijado alguna vez la atención en el sello de anatema divino que se refleja en su rostro (en el de Voltaire)?... Contemplad esa frente abyecta que el pudor nunca alcanzó a colorear, esos dos cráteres apagados en los que parecen agitarse aún las llamas de la lujuria y del odio; esa boca—tal vez no le doy su verdadero nombre, pero no es culpa mía—esa *sima* horrible que se extiende desde una oreja a otra; esos labios fruncidos por la malicia como un resorte dispuesto a moverse para dar impulso a la blasfemia y al *sarcasmo*. No me habléis de ese hombre; aun el pensar en él me es insoportable».

—¿Eh? ¿Qué tal? ¡Cualquiera se ríe o se sonríe a lo Voltaire!

«...y para los santos miradas de piedad y compasión...»

Los Santos le perdonen, que no sabe lo que se hace ni lo que dice.

¿Qué miradas hemos de tener para usted? ¿De conmiseración o de lástima? Porque o ignora usted qué es la santidad o es usted un pícaro redomado.

«...y para las sombras y las apariencias, luz, más luz, mucha luz (¡eche usted luz!)

Así, con tanta luz, no es de extrañar que el pobre muchacho esté fascinado.

Pero lo gracioso del caso es que está ente nebrecido. Necesita que la antorcha de la revelación divina séale faro esplendoroso, disipador de las tinieblas del mar de la ignorancia religiosa por donde boga sin rumbo fijo la desmantelada nave de su razón, porque de lo contrario habrá que decir:

Allá va la nave
¡Quién sabe do va!...

«Las multitudes, como individualidad, pensante, son siempre bárbaras y monstruosas. Y contra su pensar...pongamos nosotros la *agilidad caprichosa* de nuestros intelectos jóvenes, de nuestros corazones todo sinceridad, de nuestras inteligencias vírgenes y *locas*.»

¡El colmo de la locura: llamarse a sí propio loco! La *agilidad* de los *intelectos* modernistas es lo que da de sí, como *caprichosa*, es decir fuera de las reglas comunes y casi siempre fuera de razón, que esto es capricho. De locos, locura.

«Cultivemos la soberbia sin medida (como Satanás) y démonos el placer (gabachería pura) de asustar (a quién, bobín, a quién?) con nues-

tras *atrevidas ideas detonantes (¿detonantes* o de *tunantes?)* los espíritus *bien equilibrados* de la burguesía, que es siempre anodina, apoltronada y tristemente discreta.»

Mejor le fuera a usted ser discreto y bien equilibrado, y así no soltaría tantos despropósitos. Se necesita atrevimiento para trastocar los términos en la forma que usted lo hace. Mas no hay para qué extrañarlo: se me olvidaba que las ideas modernistas, por confesión de parte, son *atrevidas* y *detonantes.*

«... Si tuviésemos la valentía de alzarnos en santa cruzada (!) contra el pudor espiritual que nos va matando...»

¡Qué barbaridad! Perdonen ustedes la crudeza de la palabra, que la cosa no es para menos. ¿La cruz contra la honestidad? Porque *pudor* es honestidad, modestia, vergüenza...

De modo que el articulista soberbio pretende alzarse en guerra contra lo que pudiéramos llamar la flor de la vergüenza? Pues patentiza con ello ser un sin...

¡Vergüenza me da decirlo!

¡Y añade tan fresco que el pudor espiritual nos va matando! Ustedes sí que matan la verdad, la gramática y el sentido común:

«...si hubiera audacia para abrir los corazo-

nes (no nos parta el corazón) y desnudar las almas (¡pobrecitas!) entonces la vanidad hubiera muerto:..»

Pero ¿qué entenderán estos chicos por vanidad y qué por soberbia?

«Y sobre el mausoleo negro (¡qué miedo!) donde cerrásemos a perpetuidad (!) las viejas cenizas (¿cúyas son estas cenizas?) levantaríamos espléndido, majestuoso, retador, inmenso *palacio oro*...»

¡Qué construcción tan ridícula la de ese palacio! Se dice palacio *de* oro. ¿O mira usted como los comerciantes, *óculo torvo* a la preposición *de*?

—Se venden *camisas caballero, relojes señora, sortijas oro* ..

Así construye Vicente Marín sus obras, y ¡claro! se acredita de torpe maestro. Y sus fantásticos *palacios oro* quedan construidos en falso y se vienen a tierra. Y no falta quien ponga de oro... y azul al soberbio arquitecto gramatical.

«...inmenso palacio oro para guardar con mil y una llaves (quiere usted más?) el símbolo *divino* de la soberbia.»

¡Bomba final!

¿Divino el símbolo de la soberbia?

¡Satánico, joven, satánico!

Suma y sigue:

«De nuestra soberbia ¿qué puede resultar? (El diablo dará la respuesta); ¿Que las gentes de la vía nos desprecian? Mejor, porque ello es indicio de nuestra superioridad mental. (¡Donosa manera de discurrir!) Y para nosotros los aislados, los *sublimes* incomprendidos...»

Ridiculez se llama esa figura. ¡Denominarse a sí propio *sublime incomprendido*. A qué extremos llega la fatuidad! No parece sino que estos prójimos son unos Solones o Salomones. ¡Ojo, cajistas, no pongáis *salmones*.

«Y para nosotros, los aislados, los sublimes incomprendidos, tiraremos una red (¿van ustedes a pescar?) aristocrática de inteligencias que vaya *pomposa* y superculta de torre a torre: tales llamo yo a nuestros universos internos.»

¡Qué chasco! Creía yo que las redes, aunque fuesen aristocráticas se *tiraban*, digo se echarían en los ríos, estanques, lagunas, etc., para pescar, y aún creía ¡inocente de mí! que con esa red *aristocrática* podrían pescarse hasta peces de colores y ahora resulta que Marín tira esa red estrafalaria de torre a torre... Será alguna red telegráfica o telefónica, dije para mis adentros. Pero cuando vi que iba pompo-

sa (!) y superculta, (esto está «super») de «universo interno a universo ínterno», ni Góngora—hube de exclamar—se atrevió a tanto.

Ya va saliendo lo de *incomprendidos*. Lo de *sublimes* es lo que no parece por parte ninguna.

«...Cuanto más robustezcamos las individualidades, el alma universal, de la fusión de todas las almas, se agrandará y magnificará. De la nutrición sana, fuerte de nuestro «yo» personal (con qué se comerá este «yo») nacerá un yo poderoso y enérgico, síntesis y concreción de todas las unidades. Pero esta resurrección del «yo» (me parecen ya muchos «yoes» estos) no hemos de hacerla por succ ón (sí, sorbiendo o chupando, ¿verdad?) tomando de otros lo que dentro de nosotros mismos hay quizá, sino por introspección...»

Jerga de Sanz del Río, «castellano de morería — que diría Menéndez y Pelayo — lengua franca de arraeces argelinos o de piratas malayos».

¿Y así hablan los que tienen la avilantez de llamarse a sí mismos *sublimes?*

¿Habránse visto semejantes fanfarrones y majagranzas?

Concluye el articulista:

«La voz ya apagada de aquel *divino suici-*

da (?), del malogrado Larra, en un momento de esperanza...»

¿Esperanza ha dicho? ¡Quite allá! Si para los que como Larra mueren, escrito está aquel pavoroso letrero en las puertas infernales:

¡Lasciati ogni esperanza voi ch'entrate!

«...exclamaba en los últimos días de su vida: «predicar para convencer, sembrar hoy para coger mañana no es malamente subversivo, es preparar lícitamente las alteraciones futuras.»

Punto final.

Y aquí le haría también yo, si no hubiese necesidad de oponer algún reparo a las palabras de Larra. «Sembrar hoy para coger mañana no es malamente subversivo». Distingo, Padre Domingo: Si la simiente es trigo limpio, sin mezcla de cizaña, ya lo creo; pero si son vientos los que se siembran se recogerán tempestades. «Cultivemos la soberbia sin medida» escribió Marín; pues otro de esos muchachos, un tal F. Herrero Vaquero, llegó a decir sin ambajes:

¿No os parece, queridos cofrades de *Juventud Castellana* (no están hechos ustedes malos cofrades) que es muy noble y muy sano y hasta muy santo, el santo espíritu de rebeldía?... Luzbel nó fué más que un ángel hasta

que se rebeló; con su rebeldía se convirtió en dios, y dios continuará siendo mientras en el mundo haya quien narre su fama.

¿Qué importa que por mal contenido despecho le llamen dios de las tinieblas, si en éstas ve lo más recóndito de nuestras almas?»

Díganme ustedes si están estos pobres jóvenes en su sano juicio cuando tales atrocidades osan vociferar.

Dejemos al tal Herrero Vaquero en su «fragua» o «cuadra», y como último botón de muestra vean lo que a tontas y locas escribe otro *camará*, Julio Milego, cuyas palabras resístese la pluma a transcribir.

«...he aprendido a amar todas las rebeldías. Frente a Cristo resignado, prefiero a Satán con los puños levantados. Adoro todas las exaltaciones...»

¡Atolondrado loco! Razón tenía quien puso a la entrada de una casa de orates:

Ni son todos los que están
ni están todos los que son.

Sirva de contera a todos esos disparates sin nombre, el siguiente rapapolvo que por aquel entonces dió a la juventud don Segismundo Moret, nada menos que en el discurso pronunciado en Zaragoza como inauguración del fracasado bloque de las *zurdas:*

«Y vosotros, los jóvenes, ¿cómo marchais? ¿En qué dirección váis? Para muchos de vosotros podría decir que he visto al demonio que os guía (risas): el demonio de la vanidad y de la soberbia. Podría decir y citar, y traer aquí trozos de literatura—y recuerdo a los que conmigo viven en los centros donde se discurre—que re elan un vicio de organización intelectual; y esa desorganización intelectual produce inmediatamente el escepticismo para la vida pública; porque cuando se encalabrina un cerebro y se le ocurre ir por terreno desconocido ¿para qué ir en compañía de los demás y andar por caminos trillados? La originalidad, la inmensa vanidad, marcada con la degradación del feminismo, es el demonio que le extravía.»

¡Sin comentarios!

«PROMETEO»

No sé qué habrán juzgado de mi dejadez y olvido los tres simpáticos madrileños que con exquisita amabilidad tuvieron a bien enviarme con el fin inocente de que le sacudiese el polvo a otro artículo del «muchacho talentoso» un número de la revista social y literaria, «Prometeo», escrita por lo más granado de la juventud *intelectual,* que vive y bulle en la capital de España.

Hay, sin embargo, en mi descuido y demora una circunstancia atenuante; porque, cambiadas las cosas, cesó el fin propuesto, y desapareció la razón del cumplimiento de mi promesa.

Así es, que relegado al panteón del olvido el tal número de «Prometeo», hubiera allí permanecido sepultado para siempre, envuelto en un sudario de telarañas, a no habérseme ocurrido sacarle de las sombras para ver en él la cara más fea del modernismo: la cara sensualista.

De este modo también pagaré en algo la fineza de los remitentes, aunque no salga a la pública vergüenza el artículo señalado por ellos con lápiz rojo.

* * *

Mentira parece que los voceadores de lo *novísimo* hayan ido a buscar ¡retrógrados! un *viejísimo* símbolo de una fábula mitológica. Porque, en efecto, el nombre de la revista es un *mito*.

Si yo quisiera alardear de erudición (cosa facilísima en estos tiempos en que se tiene a la mano todo), comenzaría por decir que Prometeo fué hijo de Japeto, y hermano, si mal no recuerdo, del gigante Atlas. *Diz* que formó con el limo de la tierra el cuerpo del hombre, y para animarle, osó robar fuego del cielo. Pero Júpiter, amoscado, echando chispas o rayos, envió a Pandora para castigar a Prometeo, quien, astuto, burló el castigo; pero no contó con la huéspeda, digo, con el huéspcd; porqué Vulcano, dios del fuego, arrojando venablos, me le buscó las vueltas, y le amarró con cadenas a una roca, en donde un buitre le devoraba las entrañas, que iban renaciendo siempre para eterna pena del condenado.

En labios de la Discordia puso Calderón de la Barca así la promulgación del castigo:

Porque el delito de uno no pase
a ruina de muchos, pronuncia mi voz,
que el agresor no más lo padezca
encarcelado en obscura prisión;
donde funesto pájaro sea
alado verdugo que, hambiento y feroz,
su corazón despedace de día,
criando de noche otro igual corazón.

He ahí resumida la hermosa fábula de Prometeo, cantada trágicamente por Esquilo, e inmortalizada, entre otros, por Ribera, cuyo pincel, al decir de Byron, se mojaba con preferencia en sangre.

He dicho fábula hermosa, por la alta enseñanza moral que encierra. Por ella y por otras análogas, vemos como los gentiles, aunque faltos de la luz revelada, figuran otra vida, en que se castiga de modo harto terrible el vicio, y se galardona, en cambio, con largueza la virtud.

Bien sé yo que los modernistas, espíritus fuertes (!), se ríen de la existencia de la otra vida. Allá ellos. Al freir será el reir. Pero no podrán en modo alguno, ni ellos, ni cuantos nieguen el dogma de la vida perdurable, achacar a frailes y curas la socorrida burda patraña de la invención del infierno, como terrífico espantajo de conciencias. Mucho antes de que

los curas y frailes hiciesen su entrada en el mundo, ¡los paganos! creían, a su modo, en la existencia del lugar horrible «en donde se hallan todos los males sin experimentarse bien alguno», el lugar espantoso «en donde no se ama», como gráficamente expresó la Mística Doctora.

¿Quién no ha oído hablar de los Campos Cimmerianos de la *Odisea* de Homero y no se ha forjado en la imaginación aquella cueva horrenda a donde van las sombras a beber sangre?

¿Quién no ha leído la maravillosa descripción que del Tártaro hace el Vate de Mantua, cuando Eneas y la Sibila *ibant obscuri sola sub nocte per umbras—perque domos Ditis vacuas, et inania regna?*

Y es más de admirar que los paganos creyesen en la eternidad espantosa de los tormentos.

¿Qué nos dice sino la lúgubre travesía de las aguas bituminosas de la Estigia con el torvo Caronte, aguas que una vez tocada la otra orilla, ya no se volvían *jamás* a pasar, *ripa irremeabilis undae?* ¿Qué significa el tormento de Sísifo condenado a subir trabajosamente el enorme peñasco a la cumbre de la montaña, desde donde volvía a rodar *siempre* al fondo del

valle? ¿Qué nos declara el suplicio de Tántalo, forzado *siempre* a ver alejarse de sus labios sedientos y ardorosos la fresca onda de agua? ¿Qué simboliza Teseo, sentado *siempre, aeternumque sedebit?* ¿Qué dice el misterioso tonel de las Danaides tan pronto lleno como vacío *siempre?* ¿Qué representa el castigo de Ixión, sujeto a la rueda, emblema de la eternidad, de perpétuo movimiento? ¿Y qué indica, por último, el fatídico negro buitre que despedaza con reiterados picotazos el hígado imperecedero de Ticio, *inmortale jecur tundens* al decir de la bellísima frase virgiliana?

Vivamente, a la verdad, pintaron los gentiles el infierno aun con su espantosa eternidad: ¡tan adentro está en el alma la idea de la vida perdurable, en la cual *a los buenos se les dará la gloria porque guardaron los santos Mandamientos, y a los malos pena eterna porque no los guardaron.*

—*Amén,* estoy oyendo decir al impaciente lector, que con razón sobrada me pregunta qué tiene que ver lo dicho con el intento de sacar a luz la cara más fea del modernismo.

El nombre del «Prometeo» modernista tiene la culpa.

Tal vez alguno piense—y motivo acaso no le

falte para ello—que me ha ocurrido ahora lo que se cuenta de un predicador que sabía sólo una plática acerca de la Penitencia, y como le hubieran encargado el sermón de San José, llegado el día y la hora de predicarle, comenzó de esta original manera:

—Amados míos: Todos sabéis que el gran Patriarca San José fué carpintero, y es de suponer que hiciera algún confesionario; *por consiguiente,* voy a hablaros de la Penitencia. Y les encajó la plática consabida.

Así y todo, como estamos en el santo tiempo de Cuaresma, no está demás explicar *un poco* la doctrina a los modernistas que no suelen ir a escucharla a la iglesia. Bueno sería que meditasen *algo* siquiera acerca del infierno, aunque empezaran por el de los paganos, para que bajando al infierno en vida con la consideración, como dice San Bernardo, no se vean en el durísimo trance de bajar después de la muerte *para ser en el eternamente atormentados.*

Y no estaría tampoco muy mal predicarles un sermoncico acerca de la Penitencia para moverlos a confesión general de sus extravíos modernistas y excitarlos al arrepentimiento.

Y con esto basta de digresión.

* * *

Prometeo lleva de cubierta un dibujo rubricado por M. Benlliure.

Sobre el fondo plomizo o *plúmbeo* del papel, en la parte superior se lee: PROMETEO. Las letras son desiguales: la primera *o* es diferente de la segunda; y la segunda *e* distinta de la primera. Debajo del rótulo, en el rincón de la derecha, asoma el sol pintado de rabioso amarillo, y sobre él se destaca la cabeza de Prometeo, cuya larga melena parece flotar a impulso del viento. En la diestra trae una antorcha llameante, e n c e n d i d a en el fuego robado, inclinada hacia bajo, de la cual sube una espiral de humo. Con el índice de la izquierda señala el cielo.

Está, pues, representado, al venir de perpetrar el hurto sacrílego.

Lo restante de la portada lo llena un mostrador, visto de frente. Sentados a él hay cuatro «modernistas». Uno lee, y escribe otro a la luz de la antorcha semi-volcada; los otros dos están embobados y cariacontecidos.

De abajo hacia arriba, a la izquierda hay un rectángulo estrecho, de fondo más claro, y den-

tro de él sube algo así como un laurel. En la delantera del mostrador hay escrito: REVISTA SOCIAL Y LITERARIA.

La primera vez que vi tal letrero, confundí la *o* con la *u*, por ser aquella letra menor que las restantes, y en vez de *Revista social*, casi leí «Revista sucia». A ello contribuyó indudablemente la portada. Porque me faltaba consignar que Prometeo aparece allí con el traje de Adán antes del pecado.

Ya sabía yo que Benlliure solía deslustrar su brillante buril entallando en el mármol y modelando en el bronce, no sólo el *desnudo del arte*, sino la «desnudez de los burdeles»; mas no había pensado que llegase a prostituir su lápiz como en la cubierta de *Prometeo*.

Allá cuando se inauguró en la Castellana, de Madrid el monumento al tribuno de la democracia española, don Emilio Castelar, fué cuando apreciar pude la frescura y desfachatez del artista valenciano. Pasando por alto la *genialidad* de poner a Demóstenes y Cicerón, oyendo estupefactos a don Emilio (que viene a ser lo mismo—como a alguien le pareció—que poner llevando de la brida el caballo del general Espartero a Julio César y Napoleón) coronan el monumento ¡vaya una corona! tres mujeres

con el traje de Eva en el Paraiso, las tres están señaladas con las letras L. I. E. que interpretadas según algunos, quieren decir: *Libertad, Igualdad, Fraternidad;* pero según otros que no andan descaminados, significan: *Libertinaje, Indecencia, Fealdad.* O *Frescura*, que en esto último no están acordes los intérpretes. Otra mujer con el mismo *vestido* de las tres *danzantas* de arriba, escucha tendida al pomposo tribuno; y, por fin, con la misma económica *indumentaria* hay otras y... otros, que sirven de... *¡ornamento! Diz* que al ver aquello, a un chusco se le ocurrió que semejaba el *menumento* una casa de baños, en que el fuego sorprende a los bañistas sin darles tiempo para coger ni siquiera una mala sábana.

Y ¡oh tiempos que alcanzamos! Monumento tal se halla emplazado en el paseo más concurrido de la Corte. ¡Y el Gobierno «en pleno» acudió a la inauguración! ¡Y el *piísimo* Maura derramó sobre el mármol las flores de su elocuencia!...

Lo que diría para su metal la estatua de Cicerón: *¡O tempora! ¡¡O mores!!*

El dibujo de la portada de «Prometeo» está hecho a maravilla para simbolizar la desvergüenza del modernismo.

Pudo Benlliure haber representando al hijo de Japeto de modo decente. Ticiano, Salvador Rosa, Ribera y otros pintores que consagraron su pincel a Prometeo le ofrecían excelentes ejemplos.

¿Qué digo tales pintores? Los escultores clásicos paganos, a pesar de ser esclavos de la forma, no descendieron a la obscenidad del Prometeo del escultor de Valencia.

¿Ni qué digo los escultores paganos? Hasta en las tribus selváticas, los mismos salvajes, estatuas desnudas vivientes, le enseñan a usar siquiera un taparrabos.

Mas, esto no obstante, vuelvo a afirmar que el dibujo de Benlliure simboliza gráficamente la desvergüenza modernista.

El modernista, como Prometeo, no siente rubor de presentarse ante los demás, desnudo de dignidad y de vergüenza.

El modernista, como Prometeo, se atreve a robar el fuego sagrado y se revela contra los fueros de la razón y de la historia.

¿Qué se va a esperar de unos jóvenes que se ufanan de romper las ligaduras del pudor, vegetando, como flores de lagunas fétidas, en el cieno de la deshonestidad?

* * *

Vista la cubierta de «Prometeo», puede adivinarse lo que detrás de ella se oculta, como se adivina la corrupción, detrás de la losa marmórea de un sepulcro.

Prepárate, pues, lector con todas las esencias de tu mayor agrado. Vengan unas largas pinzas para pasar las hojas del «Prometeo» y estén a mano los desinfectantes.

Bisturí, en vez de pluma.

Por tinta, ácido fénico.

Vístome ahora la bata de operaciones, y a la sala de clínica.

Ahí está el cadáver:

«Felipe es un iniciador en la España medioeval de un culto desaparecido. Miento.»

¡Y tanto que miente usted! ¿Cómo Felipe Trigo va a ser el iniciador de ningún culto en la España *medioeval* si vivió en la España *contemporánea?*

Las cosas han de decirse con claridad, que es la cualidad fundamental del lenguaje.

«No del todo desaparecido, pues sombríamente, de ocultis... ha existido siempre... el culto de la carne.»

Sí, señor, ha existido siempre, porque siempre ha habido hombres viciosos y corrompidos.

«Pero de ese vicioso vivir (lo ve usted?) en las sombras y bajo las hipocresías (!) y los anatemas(!!), la carne como el oro—permítaseme el simil—se había tomado.»

¿De qué? ¿De orín mohoso? Permítaseme que no le permita a usted ese disparatado simil, por eso, porque es una enorme metáfora disparatada.

«Entre tantos libros ahitos de corazón, patológicos, porque son toda una hipertrofia, los de Trigo son humanos.»

¿Humanos? ¡Qué manía de expresar las cosas al revés! *Inhumanos*, hombre, inhumanos. Váyase usted por los hospitales y vea y oiga a los jóvenes estropeados, deshechos en la fresca juventud por obras *patológicas* al estilo del sucio y suicida novelista, y apreciará entonces si es humana o inhumana la nefanda labor de matar almas y plagar de llagas los cuerpos.

«...Trigo es el resurrector de la carne...»

Dale con la carne. Esto va ya pareciendo una carnicería. Digo, no, que en las carnicerías no está la carne corrompida... Léase en

vez «carne», obscenidad, ponrografía, sicalipsis, etc., y entonces sí que cuadra aquel dictado a Trigo.

«La labor que *cumplen* sus novelas (mejor le fuera a usted cumplir las reglas gramaticales) no es literaria (ni tampoco la de usted) en absoluto (ni en concreto) sino Darwiniana, anticlerical, Nictzscheana liberadora »

Este párrafo vale un Potosí. ¿Conque la labor de Trigo es Darwiniana, así, con mayúscula y todo? ¡Bah! Pues ya está explicado el intríngulis. Monos o puercos, ¿qué más da?

¿Y también *Nictzscheana?* Estas son palabras eufónicas y lo demás música ratonera. ¡Ay! *Nictzscheador* que así *Nictzscheaneas*, qué buenas orejas tendrás. Pobre Nictzsche! Murió loco y ha vuelto loca a media juventud.

La obra de Trigo, además de Darwiniana y Nictzscheana es finalmente *liberadora*... Sí, ¿eh? Nada hay que esclavice tanto, que tan fuertemente encadene la libertad, como el «culto a la carne», digámoslo claro, como la lujuria. Y de lujuria ahitas están las obras del desdichado novelista.

«La labor de trigo prepara eficazmente la implantación filosófica de ciertos ideales.»

De ciertos ideales, sí; de ideales ciertos, no.

Que no es lo mismo.

La labor de Felipe Trigo, según el criticastro de «Prometeo», *prepara eficazmente la implantación filosófica de ciertos ideales.*

Los de la tendencia animal del hombre. Ya lo habría adivinado el lector.

El hombre—como respondió Royer Collad a las inmundas necedades de un charlatán impío—el hombre no es animal; pero hay casos en que le gusta vivir como las bestias, y entonces se ingenia para hallar teorías que puedan excusar su depravación.

He ahí explicado lo filosófico de la implantación de Felipe Trigo.

«A la Edad Media le faltaron grandes ediciones de estos libros: con ellos se hubiera renovado».

Efectivamente: como se renovaron los grandes imperios de Oriente, después de dejar pasar a sus entrañas la gangrena de la sensualidad, al huir cobardemente los silenciosos sátrapas al empuje de los griegos; como se renovó Grecia embriagada con el vino de las victorias, al refugiarse en los maléficos jardines de Epicuro, sin fuerzas para resistir el esfuerzo avasallador de los ejércitos romanos; como se renovó Roma dormida voluptuosa-

mente en los laureles de los triunfos, al despertar aterrada al estrépito de los caballos de los bárbaros; como se renovó Francia—para venir a nuestros tiempos—con las grandes ediciones de las novelas de Zola, y con las abominaciones de París, la moderna Babilonia; como se renueva España con los engendros corrompidos de Felipe Trigo, Insúa, Hoyos, Belda, Francés y comparsa...

Un soberano—no me acuerdo quién—dijo que era imposible gobernar la nación que lea a Voltaire. Guillermo II, de Alemania, pensó que es imposible gobernar la nación que lea a Zola. Y prohibió que las obras virulentas del autor de *La Bestia humana* fuesen puestas en las manos de sus hijos, ni en las de ningún súbdito alemán.

Hace falta otro soberano que así piense—y obre en lo que toca a la leprosa literatura de Trigo y Compañía. Otro gallo cantaría a los españoles.

Sigamos:

«También muere el jesuíta, el misógeno, en el lector de sus novelas. Y en España más que el jesuita claustrado (!) en la congregación, hay que acabar con el jesuitismo laico (!!). Yo creo que el misogenismo es causa de todas las villa-

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL VALLADOLID

nías en derecho, en moral, etc., etc. *Hay que ser un poco epicúreos: es la manera de ser buenos!!!...»*

Fsto se llama, Hortensio,
tirar de bragas y quedarse fresco!

¡Al demonio se le ocurre otra sinvergüenza! Pintiparada viene aquí la chunga del malicioso tuerto Bretón:

En Caca-belos de un chulo
tanto el ingenio fulgura,
que ha hallado la cuadra-tura
del cír-culo.
Dadle, por Dios, una placa
premiadlos grandes desvelos
del ciudadano de Caca-
belos.

Después de afirmar el criticastro de «Prometeo» que «hay que ser uno poco epicúreos para ser buenos», añade:

«La ñoñería es la madre de todas las contenciones, afea el mundo. Desde este punto de vista hay que observar sus obras.»

Dicho así, como escrito está, claro es que la ñoñería es el punto de vista para observar las obras de Trigo, a juicio del criticastro; pero no quiso decirlo el ignorante Zoilo. El punto de vista de este «punto» es el epicureis-

mo, es decir, el albañal por donde desagüan las bajas pasiones, la cloaca en donde se reunen las inmundicias del vicio carnal. ¡Vaya un punto de vista. .!!

«Eca de Quiros descubrió lo que era el corazón. Trigo prescinde de él.»

No tiene corazón. Es un hombre como quien dice sin entrañas.

En suma: de lo que llevo dicho, puede deducirse que en la obra de Felipe Trigo, no hay un sólo grano de *trigo*. Hay, no obstante otra clase de granos... buenos para alimentar a *ciertos* hombres, que sólo ven en ellos la animalidad...

Al visitar en cierta ocasión una excelente granja agrícola, cuando llegué a los locales destinados para el ganado de cerda, me llamó la atención una tablilla colgada en la pared de uno de los *departamentos*.

En caracteres grandes se leía *Zola*. Y en el sucio suelo estaba tumbadazo un grandísimo... *marrano*.

Salí de allí echando de menos en los restantes rótulos otros nombres parecidos.

MIEDO, *por José Francés*.

Tal es el título de otro libro modernista del que se hace en «Prometeo» un juicio sin juicio.

Me da *miedo*.

Y no ciertamente porque le tenga a los modernistas. Me da miedo porque es otro lodazal como el de Felipe Trigo y al entrar por él, aun con todas las precauciones, es difícil no mancharse.

«José Francés significa en la juventud la fuerza, el optimismo, el paso *en avant*, la audacia, la laboriosidad, el mundanismo más esbelto, aun en su *desarreglo* de a veces.

En los cuentos, hay cabriolas, sedentarismo, trashumancias, bondad, perversión (aten ustedes este par último de moscas por el rabo)... desapercibiéndose del lector sin hipocresía, etc., hace... (lo que no debe hacer) desarrollando ante el lector el biombo japonés de los puntos suspensivos...»

No hay biombo japonés de puntos suspensivos que valga.

Los modernistas confunden la vergüenza y el pudor con el velo de la hipocresía para excusarse en sus depravaciones.

La mona aunque se vista de seda, mona se queda. Quien se embriaga gastando levita, tan borracho es como quien se pone «curda» llevando blusa. Las moscas de brillantes colores que viven en las carnes en descomposición y en los montones de basura, siempre serán, a

pesar de sus cambiantes de oro, verde y azul, moscas repugnantes de pudrideros. Lo dicho: no hay biombo japonés de puntos suspensivos... o filipinos que valga.

* * *

Y qué confesiones hacen los modernistas. Vaya ésta de modelo:

«Es una obra (la de José Francés) en que la prosa, como estos saltimbanquis desarticulados de circo que se visten de Mefistófeles y que tienen las piernas muy largas, toma todas las actitudes privilegiadamente. Bravo por esa literatura, que es un grado más de arco, en trazado que será algún día definitivamente el puente del hombre al superhombre.»

Acerca de ese puente *en construcción* (del cual habla más arriba) que está como el *in fieri* de Hegel, ya llegará ocasión de rematarle.

Ahora es cosa de fijarse en la forma de la prosa modernista, forma por ellos mismos delineada; prosa mefistofélica, del arco, de trampolín (y de trampas), prosa desarticulada...

Prosistas saltimbanquis, por tanto, titiriteros, payasos.

UNAMUNO

El Norte de Castilla, en el primer centenario del nacimiento del divino cantor de «Margarita la Tornera», invitó a ilustres personajes de las bellas letras a que en iasen una hoja de laurel para, con todas ellas entretejer una corona magnífica, digna de las sienes del poeta español y cristiano.

Más de setenta escritores, en sendas postales, enaltecieron con fervor la memoria del altísimo poeta. Sólo una voz, desapacible e ingrata como ella sola, desafinó en concierto de tan suaves armonías: la voz destemplada del ex rector de Salamanca, del extravagante Unamuno.

En vano escribió Galdós: «La grandeza del genio de Zorrilla es tal, que no cabe en Valladolid. Pero en la memorable fecha del 21 de febrero, Valladolid es toda España y España es todo el mundo hispano-americano».

Inútil que Palacio Valdés afirmase: «El nacimiento de un poeta como Zorrilla... el el regalo más exquisito que la providencia de Dios puede hacer a un pueblo».

En balde que «Andrenio» no se recatara en decir: «Zorrilla es el más grande y caudaloso

de los poetas del ciclo romántico: el más español, el más castellano, el que tuvo en más alto grado el don de la evocación artística de la historia».

No importa que para Julio Cejador sea «la voz de España que canta sus leyendas, sus penas y sus esperanzas en el siglo XIX... el gran poeta nacional español del siglo XIX»; y para Julio Casares, «el más alto y legítimo representante de nuestra gloriosa tradición literaria».

Ni empece que los hermanos Quintero dijeran como de propósito: «Los que al hablar de Zorrilla no escuchan sino la inefable música de sus versos—música profunda y entrañable, llena del alma del idioma—olvidan las gigantescas figuras de su teatro, y esas mágicas leyendas, geniales intuiciones en que el espíritu del pueblo y el del poeta arden en una misma llama».

No. Todos los señores citados no saben lo que ecriben, según la opinión peregrina del inconmensurable don Miguel.

Quien contesta de esta guisa:

«Lo que puedo a usted decirle, amigo mío, es que siendo yo joven, a mis 16 o 18 años, me gustaba recitar en voz alta poesías de Zorrilla,

que aprendí a conocer por los ejemplos de Retórica y Poética, pero que hoy no siento el menor deseo de releerlo. Creo recordar que aquellas poesías se componían de lugares comunes poéticos, de metáforas del común acervo—casi todas gastadas y regastadas antes—y todo ello engarzado por un ritmo metronómico y monótono donde abundan más de lo debido los agudos. Y que todo ello era frío, frigidísimo, sin verdadera emoción. Francamente, no me gusta Zorrilla. Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que le ponga al nivel de cualquier pelagatos. Cuando se dice que no le gusta a uno un poeta como Zorrilla, que a tantísimos encanta, hay que entenderlo. ¡Habrá!!

Le saluda. MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 19-2 19.

Lo dijo Blas, punto redondo.

No hay duda que el multiforme ex rector de Salamanca vive en perpetuo carnaval. No lo digo precisamente por la indumentaria (la de traje azul, chaleco cerrado, sombrero flexible y zapatos bajos). Vive en invierno vestido de verano, y a la inversa. Usa hongo y americana en los actos que la costumbre reclama chistera y levita. Vizcaíno, truena contra el vascuence en Bilbao, y se gana una silba que se oye hasta en

Belchite. Acepta el cargo de mantenedor en Juegos Florales y *juega* a las carambolas con dichos Juegos. Le invitan a que ensalce la memoria de Zorrilla, y suelta... cuatro patadas contra la gloria inmarcesible del inmenso poeta.

Lo curioso de este último caso es que la malhadada cuartilla lleva fecha del lunes de Carnaval: hizo, pues, D. Miguel una de tantas carnavaladas.

Digo una de tantas, porque prescindiendo de las frecuentes a que nos tiene acostumbrados fuera de antruejo, no es la mencionada la primera que lleva a cabo en el tiempo dedicado a Momo.

Allá por el año 1906, a cargo suyo corrió el más regocijado de los festejos carnavalinos.

Había publicado dos artículos antimilitaristas en «Nuestro tiempo», y un grupo de «intelectuales», cuya cabeza era la sin par doña Emilia, invitaron a don Miguel a que explanara las ideas de dichos artículos. Y ni corto ni perezoso, «calóse» el hongo, requirió la maleta, fuese a Madrid y... no hubo nada.

Es decir, nada antimilitar. Olió a chamusquina entre la gente de «pantalones encarnados» y se alistó a la cofradía de la prudencia.

En cambio, arremetió contra sus compañeros, los catedráticos; contra sus discípulos, los estudiantes; contra los abogados y burgueses, contra los religiosos, contra toda España, a la que llamó *nación de cobardes*, él, que había sido llamado para cargar contra el militarismo y se descolgó, por miedo, con estas palabras: «Yo daría esta conferencia en un Centro militar; porque yo no soy opuesto al Ejército. De lo que soy enemigo es de la guerra». (¡!)

A la verdad, para aquel viaje no necesitaba alforjas.

Pues, ábate en el carnaval de 1909. Trató nada menos en la Universidad de Valencia, de *proponer enmiendas* a los Mandamientos de la Ley de Dios; se rió de la liturgia católica y pregonó la apoteosis de Darwin, el transformista de las especies, esto es, una *especie* de Frégoli británico.

No es de extrañar, recordando que el cerebro de Unamuno es una *salvadera de ideas*, al decir de Mella.

El paradójico y contradictorio ex rector hizo de nuevo públicamente el antruejo. Era martes de carnaval. Y como los carnavales no son sino restos de aquellas *juergas* paganas cono-

cidas por los nombres de *saturnales, bacanales, lupercales* y demás excesos... *animales*, sintió don Miguel los estímulos del consonante y se dejó guiar de ellos. Y así como en el discurso del carnaval de 1906 se mostró como *disidente* de la Iglesia, en este otro discurso se afilió al darwinismo, *honrándose*, por tanto, con el apergaminado abolengo de los monos.

¡Una monada!

Aunque es de advertir que no tienen todavía bien averiguado los darwinistas quién sea su progenitor. Abogan unos por el mono simple, por el mono aullador otros; no falta quien se incline al mico o al tití, ni quien se acoja al chimpancé; lo que no obsta para que, finalmente otros reclamen la paternidad del orangután o del gorila. Lo cierto es que uno de esos ilustres *ascendientes* es el progenitor de de tan esclarecida familia. A quien de mi parte puede dar recuerdos el carnavalesco Unamuno.

En el discurso unamunesco del carnaval de 1909, después de cantar las glorias de Darwin, se arrancó el catedrático de griego por... peteneras. Entróle en gana oficiar de «chistoso» a propósito del Miércoles de Ceniza. Quería

Unamuno que en tal día no dijese la iglesia: «Acuérdate, hombre, que eres polvo», sino «Acuérdate, polvo, de que eres hombre, y de que por lo humanidad volverás a Dios, que llevas dentro de tu alma».

No. Lo más propio de aquel carnavalino caso hubiera sido decir: «Acuérdate, Unamuno, de que fuiste mono y eres mono perfeccionado, y en mono te convertirás». Esto era lo más *darwiniano*, ¿no les parece a ustedes?

Con sólo seguir las leyes del transformismo gramatical, tenemos convertido al excéntrico exrector en cuadrumano. Basta irle declinando por un adjetivo de tres terminaciones. El nominativo sería *Unamunus, Unamuna, Unumunum*. La transformación, pasando por el genitivo *Unamuni* llega actualmente al dativo, a saber, *Unamuno*. En donde se ha detenido para seguir la evolución, andando el tiempo.

Porque estas cosas del transformismo, ya se sabe, son cuestión de tiempo. Ya lo dejó escrito galanamente Núñez de Arce:

Con meditada calma y paso a paso,
cual reclamaba el caso,
llegó a tal perfección un mono viejo:
y la vivaz materia por sí sola
le suprimió la cola,
le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo.

Al dativo *Unamuno* le trocó la figura antitesis la *a* y la *u*, por dos correspondientes oes, y me lo dejó en un mondo y orondo *Unomono*. Vino, por fin, la síncopa, y suprimiéndole la *o* primera por el mismo arte y por la mismísima razón que el mono se suprimió la cola, y ahí tienen ustedes, por transformismo gramatical, convertido *Unamuno* en *¡Un mono!* Cosas de los evolucionistas, ¿verdad?

Pues no de otro modo transforman a los hombres en monos. Si ésta fuese la ocasión, ya quedaría aquí demostrado. Sería una verdadera *unamunada* o *monada*...

Cojamos de nuevo el hilo.

A pesar de tronar todo un Rector, de la más celebrada de las Universidades españolas, contra la Religión del Estado, quedáronse sin correctivo aquellas locuras incalificables de querer enmendar a Dios la plana ¡promulgando don Miguel otro *decálogo!* «¿Risum teneatis?»

Y el ministro de Instrucción Pública, subido a un guindo... sin *tomar medidas*, ni siquiera como las toman los sastres...

¡Qué de-sastres!

* * *

De nadie con más fundamento que de Unamuno podrá decirse que «entra con todas, como la romana del diablo».

Constituyóse en la Villa del oso y del madroño una «Liga antigermanófila» de franceses y españoles, acaudillada por el cogollito de los *inteleztuales* que se refugian en la pedantesca revista «España» (llamada así por ironía).

Había que *solemnizar* — ¿cómo no? — la constitución de la «Liga» (de cazar pájaros... de cuenta). Y es natural: banquete al canto. ¡Y cosa también natural! Después de comer y... *beber*, discursos! Es claro.

Para que la comida «fraternal» adquiriera visos prosopopéyicos, menester era que figurase un santón: nadie como don Miguel.

Verdad es que antaño había dicho «perrerías» de la raza francesa, «la más incomprensible del mundo», pero esto no obsta a su *francofilia* exaltada de ahora: porque ya se sabe que la síntesis de Unamuno es: «Donde digo digo, no digo digo, que digo Diego»...

Los «ligueros» se fueron con la música estomacal antigermana al Hotel Palace, y después de «bien comidos y bien bebidos», entre sorbo y sorbo del burbujoso líquido francés, Una-

muno soltó... unas cuantas «gracias», que hemos de reir.

«Al servirse el café—habla «El País»—el sexteto que había interpretado durante la comida fragmentos de zarzuela y operetas, tocó «La Marsellesa». Sin indicación de nadie, por impulso espontáneo, todos se pusieron en pie, y así escucharon el himno inmortal. A su terminación, con entusiasmo inenarrable, se vitoreó a Francia y a los aliados. Se repitió «La Marsellesa» y algunos la corearon. Al final volvieron a resonar los vítores. En pié se escuchó también el himno nacional inglés. Al cesar la música, se dieron hurras y se vitoreó a Inglaterra. Un comensal francés pidió que se tocara la «Marcha Real», pero hubo divergencias y se tocó sólo al final cuando se despejaba el salón.»

El *champán* produjo, por lo visto sus efectos peculiares. Achaco al *champán* la culpa, porque mejor parados quedan así los «ligueros».

Quienes corearon y aplaudieron a rabiar los himnos nacionales de Inglaterra y Francia, se taparon los oídos para no escuchar los acordes vibrantes de la Marcha Real española.. ¡Qué vergüenza!

Y Unamuno con la batuta en la mano (sería algún tenedor), de director de orquesta.

El gesto de Unamuno. Con este título, cno una irreverente caricatura en que aparecía el excéntrico ex-rector, arrojando del templo a os mercaderes (germanos y germanófilos) y con el subtítulo «Este gran don Miguel...» publicaba el día de la comilona, *El Parlamentario*, a modo de presentación del orador entre otras cosas lo que sigue:

«...:Aquí nos tenéis, en espera de que el presidente del acto nos tunda (a palos) los cerebros (volviéndolos papilla) y nos sacuda (la badana, digo) los espinazos (¡arrea, manco!) con su verbo de explosiones. 'Esto explota de seguro como un triquitraque, y no va a quellarles ni la vértebra por donde *diz* que se unía de rabo al espinazo, según Unamuno darwinista).

»Y mientras el ansia de ver qué santas barbaridades nos aconseja hoy realizar don Miguel...»

Ya quedó patente la marca de *barbaridad* y el estigna de *bárbaros* de los «ligueros».

Así se explican las *barbaridades* «non sanctas» de Unamuno.

Cuyos son estos dos párrafos:

«Por mi parte, no estoy dispuesto a sancionar la canonización de San Pedro Arbués, ni a rendirme en acatamiento a la figura y los hechos de Felipe II, ni a admirar al duque de

Alba, el primer *verdugo* de la tierra de Flandes. *Es más: Yo considero como felicísimo el temporal que deshizo en el camino de Inglaterra los buques de la Invencible...*

«Ahora, que de pronto, sin saber por qué y sin respeto a los demás, sacan lo del Peñón de Gibraltar, en nombre de no sé qué ideal. Sin duda les urge utilizarlo como una estación para submarinos.»

Con «esto», con arremeter contra el Ejército y con llamar «cortésmente» a los germanófilos, *trogloditas*, se salvó el país.

De perlas viene aquí la conocida cita de Quevedo: «...Y como son gentes que en cosas de letras y ciencias tienen que perder tan poco, se atreven a imprimirlo sacar a luz todo cuanto sueñan.»

Aunque no todos opinan que Unamuno sueñe, antes creen que deliberadamente hace el payaso. Porque la gracia única de dicho señor está precisamente en andar al revés de lo que la razón aconseja.

¿Que ahora el patriotismo está «a la orden del día» aun en las filas del socialismo y de los «hombres sin patria»? (Valga la paradoja por tratarse del paradójico ex rector).

Pues lo propio del caso era «proclamarse antipatriota».

Y dicho y hecho, lanzó aquellas «santas barbaridades» para tundir las costillas, digo los cerebros (!) y sacudir el polvo, digo, los espinazos, aun a trueque de rompérselos, a los bobalicones de los «ligueros».

Algo suavizó los bárbaros conceptos antipatrióticos la versión oficial del discurso publicada por el organillo de la Liga en la semiignota «España», suprimiendo además «discretamente» la acotación de «muchos aplausos» que decían los periódicos aliadófilos.

Pero sin rebozo y con toda crudeza lo dejó escrito años atrás el extravagante catedrático de griego, en «El Imparcial», de esta manera:

«A Inglaterra y a los ingleses debe España grandísimos servicios y favores, y no son entre ellos los menores, aparte de que echaran a Napoleón de nuestra patria, el que «derrotasen» a Felipe II la Armada Invencible y el que hayan contribuido en cierto modo, a desembarazarnos de la carga de Cuba y Filipinas, con lo que se nos infligió un tan saludable castigo de nuestros pecados.»

Aunque actúe de payaso no debe permitírsele en modo alguno vomitar tales sandeces, ni debe pagársele para que se dé el gustazo de insultar a España.

Quien tales atrocidades dice no tiene derecho a llamarse español.

Y ¡es un catedrático de la llamada Atenas española! ¡Y con aspiraciones a ocupar de nuevo el sillón rectoral! ¡Horror!

¡Que se vaya a escardar cebollinos al... Peñón de Gibraltar! ¿No les parece a ustedes?

Con lo dicho basta y sobra para esbozar la fisonomía carnavalesca de don Miguel.

Volvamos, por tanto, al punto de partida, dejada la senda extravia la de la digresión.

* * *

Expuesta quedó al principio la «opinión» de Unamuno acerca de Zorrilla, y que naturalmente tenía que ser, en medio del coro de alabanzas una estridencia. Mas llevó su merecido el ridículo ex-rector por cantar fuera de coro.

Intencionadamente, o por... graciosa casualidad, colocó el Director de «El Norte de Castilla» inmediata a la cuartilla de Unamuno, el pensamiento enviado por Antonio Royo Villanova, quien sin pelos en la pluma, escribió así:

«El modernismo iconoclasta pondrá quizás reparos al Centenario de Zorrilla, pero la santa democracia del público ha consagrado con su auténtico sufragio universal la inmortalidad de *Don Juan Tenorio*.

A los que no creen en Zorrilla, podrá responderles el glorioso poeta:

¿Quién nunca a tí se volvió,
ni quién osa hablarme así,
ni qué se me importa a mí
que me conozcas o no?

Que fué dar una cumplida contestación el mismo Zorrilla al excéntrico ex-Rector. La coda, mejor dicho la «coba» fué de las finas de veras.

Pero ¿de dónde le vendrá a don Miguel la inquina contra los versos armoniosos del inmortal cantor de Granada? No lo duden ustedes: don Miguel desprecia los versos de Zorrilla por la misma razón que despreciaba la zorra las uvas. Quien sólo tiene orejas y no oidos; quien, puesto a versificar, por meterse en todo, acierta solamente a juntar renglones cortos y desiguales; quien, no obstante, anhela pasar por un cincelador incomparable del verso; quien por otra parte es un soberbio envidioso de tomo y lomo, cosa natural era que, incapacitado para producir una sola composición rotunda, se saliera por... la tangente.

Díganme ustedes, sino, si estos son versos y el autor es poeta. Abran primero un paraguas, porque

LLUEVE

Llueve:
llueve como en mi tierra,
como enmis días,
llueve el orvallo lento
que vi de niño
mojar mis calles;
llueve en caricia blanda,
como llovía,
siendo yo mozo.
como en aquel Bilbao hijo del agua...

Refiérese que cuando Iriarte reunió a unos cuantos literatos para leerles el «Poema a la Música», cuando comenzó con el verso

Las maravillas de aquel arte canto,

levantóse el crítico Huerta y prorrumpió sin poder contenerse: «Ni eso es verso, ni el autor poeta». ¡Con cuánta más razón hay que aplicar el dicho a nuestro caso!

Quedamos en que llueve, y llueve como en su tierra, y llueve para abajo, de seguro.

Este es el cielo aquél, el de mi *tierra*
el cielo humilde y bajo,
el cielo humano!
Se ha abierto las entrañas y comulga
con su hija la *tierra*.

Usted sí que comulga con... ruedas de molino, y hace capirotes de la rima, de las ideas y del sentido común.

Este es el cielo maternal, sedeño,
con esponjadas nubes,
parece un pecho...

¡Qué comparación más estrafalaria! Pues nada digo de las que siguen:

A traves de él...

¿De quién? ¿del pecho? ¿del cielo?

A través de él nos llega la *mirada*
del sol velado
como le llega al niño cuando *mama*
en el regazo maternal la vida
del padre la *mirada*
al través de los rizos de la esposa. (!)
(¡Cuánta majadería acumulada!)

La fuerza del consonante, tan maltratado por don Miguel, me obligó a juntar ese verso a modo de epifonema.

A través del cielo, don Miguel, no nos puede llegar la mirada del sol, velado o por velar. Al través de las nubes, sí. De la misma manera: por entre los rizos de la esposa puede llegar al niño, mame o no, la mirada del padre; pero al través de los rizos, no. Pues ¿y el galimatías de que el niño «mama (¡ay, mamá!) en el regazo maternal (!) la vida del padre la mirada?» Esto se llama claridad y construcción: y el que que quiera aprender que vaya a Salamanca, a cátedra del omnisciente ex-Rector.

El cual prosigue tan campante:

Este es mi cielo,
aquel en que de niño a Dios creara...

¡Atiza! Ahora sí que llueven disparates gordos. Unamuno no se contenta con crear el mundo. La petulancia le lleva a crear al mismo Dios. Quien dijo que don Miguel no es más que un pobre loco, al cual se empeñan algunos en dar patente de sabio, tenía razón más que sobrada.

Llueve;
llueven sobre mi alma los recuerdos,
recuerdos líquidos (!)
recuerdos lentos,
recuerdos sin contorno ni figura (!!)
de cuando niño;
llueven en riego.
Llueve...

¡Cualquiera aguanta ya el chaparrón de puerilidades y tonterías de este pobre don Miguel.

¿Y la rima? Que la parta un rayo. Ya se sabe el procedimiento cómodo del ex-Rector salmantino: ¿Hay que deshacer un nudo, y se halla dificultad? Pues se corta por lo sano. ¿Halla obstáculos para enjaretar como Dios manda unos cuantos consonantes? Pues con echar pestes de la rima está todo arreglado. Por eso se despacha a su gusto de este modo:

Macizas ruedas en pesado carro
al eje fijas, rechinante *rima;*
¡con qué trabajo subes a la cima
si al *piso* se te pone algún guijarro!

Rima rechinante la de usted, pintoresco don Miguel. Y no sólo rechinante sino «chillante» y «descuajaringante» como ella sola. La carreta de «berzas» de usted es la que rechina. Y chilla como una condenada al subir «con trabajo» a la cima del consonante.

Pero rechinante la rima de los verdaderos poetas? Quite ud. allá. O venga usted acá y escuche estas octavas reales maravillosas de un tal Espronceda, ya que no quiere usted nada con Zorrilla:

Las rosas sobre el tallo se levantan
coronadas de gotas de rocío;
las avecillas revolando cantan
al blando son del murmurar del río;
chispas de luz los aires abrillantan,
salpicando de oro el bosque umbrío!
y si el aura a la flor murmura amores,
la flor le brinda aromas y colores.

Y resonando... etcétera: que creo
basta para decir que ha amanecido,
y tanta frase inútil y rodeo
a mi corto entender no es más que ruido;
pero también a mí me entra el deseo
de echarla de poeta, y el oido,
palabra tras palabra colocada,
con versos regalar sin decir nada.

¿Eh, qué tal? ¿Rechina la rima a pesar del «ruido» que vanamente intentó producir el poeta? ¿Sí? Pues dispénseme que le diga que tiene usted el oido como el de un barreno.

Y si al menos Unamuno, al burlarse de la rima, hiciese lo que Espronceda cuando con soberano chasco intentó burlarse de las descripciones, menos mal.

Don Antonio de Valbuena, criticando con la sal y pimienta que le es peculiar el soneto de Unamuno «La Rima». cuyo es el cuarteto transcrito, entre ingeniosas y graciosísimas observaciones, como suyas, hace ésta que con el respeto debido al admirado maestro, me atrevo a comentar:

«Es imposible, como ustedes ven, que haya nada más pedestre, ni más desgraciado, ni más prosáico, ni más pobre. Aparte de que descendiendo a detalles, en el primer período, en los dos primeros versos, no hay verbo, y no se sabe cómo puede ligar aquello de las *macizas ruedas en pesado carro al eje fijas* con la *rechinante rima.*»

Es mi humilde parecer que Unamuno ha hecho del *fijas* segunda persona del singular del presente de indicativo del verbo «fijar»; pero así y todo, la obscuridad es grande, por dar lugar a confundir el *fijas* verbo, con el *fijas* participio.

Y el mal efecto del asonante de los hemistiquios del segundo verso, todavía mayor.

Y lo de «al piso» por «al paso», un... mal paso.

Pero ¿a qué gastar el tiempo en demostrar que Unamuno no es poeta, ni versificador siquiera?

En cambio, como prosista... es más que mediano el fecundo e inagotable catedrático de griego. Un botón tan sólo de muestra.

Allá por 1904, cuando se publicaba el aparatoso periódico «El Gráfico», en donde Burell, el de la «genuflexión dorsal» se tiró aquella enorme «plancha» de los tormentos inquisitoriales de la Benemérita con los reos de Alcalá del Valle, envió don Miguel a dicho periódico una carta literaria en que hablaba de la catedral de León.

Leamos y comentemos la producción del «ilustre» pensador, como le llamaba «El Gráfico»:

«Estas piedras calad s han oido las oraciones y los pensamientos.»

No, señor: los oidos metafóricos de las piedras habrán oido las oraciones; pero los pensamientos, no; por una razón muy sencilla, porque los pensamientos no se oyen. Y las oraciones mentales tampoco.

«Estas piedras caladas han oído las oraciones y los pensamientos de niños, adultos y ancianos, de hombres y de mujeres...»

Otra que te pego. Dicho como está ahí, sin la preposición *de* antes de adultos, resulta que los niños son adultos y ancianos: lo cual es una monstruosidad. Y lo pone peor el postizo «de hombres y *de* mujeres», en ambos sentidos: gramatical y lógico; pues qué: ¿los hombres y las mujeres no estaban ya comprendidos entre los niños, los adultos y los ancianos?

«¿Y si (las piedras) empezaran a resonar de pronto?

Ni de pronto ni de tarde: esté usted tranquilo.

«Si la catedral, convertida en sonora arpa de piedra (me gusta la metáfora), empezase a cantar (un arpa cantando ya no me gusta) los rezos, los cuchicheos, los pensamientos, los susurros (!) los anhelos, las desesperanzas que ha recibido en su seno, ese canto chocaría (esto sí que es chocante) con los ecos de los cantos litúrgicos de los canónigos (¿por qué? ¿porque usted lo diga?) y creo que con el poderoso esfuerzo del cantar, así se derrumbaría la catedral (¡adiós «Pulchra leon na»!) como estallaría (¡qué miedo!) la caja de una vihuela (¡anda, morena!) si despertasen los sonidos todos que en ella duermen.»

Música, todo música, y de arpa y vihuela en manos de Unamuno, que es lo mismo que decir música ramplona. ¡Por dónde ha ido a salir el «gachó» del arpa de la catedral!... ¡Los cuchicheos y los susurros cantados (!) por el arpa (!!) derrumbando la «Pulchra leonina»! ¡Ni que fueran detonaciones del 42! ¡Qué cosas se le ocurren al «ilustre» pensador de «El Gráfico»!

Que sigue pensando de esta manera:

«Y hay que hacer que canten las catedrales, y por la tensión del canto se derrumben (¡dale con el derrumbamiento!) y seguirán cantando los escombros (usted sí que canta en la mano) y de este canto (el de los escombros (!) resurgirán catedrales nuevas, catedrales del espíritu (ahora sí que va bueno) con altas columnas que se ramifican en el cielo, y sutiles arbotantes que despiden a tierra el peso muerto de su fábrica.»

Ya asomó la oreja. Es lo mismo que más abiertamente dijo en el canto a la catedral vieja de Salamanca:

Pide a Dios, vieja sede salmantina,
que el pueblo tu robusto pecho llene,
florezca en tus altares
un nuevo culto,
y tu hermoso cimborrio bizantino
se conmueva al sentir cómo su seno
renace oyendo en salmo (!)
La «Marsellesa».

Y el «Himno de Riego, añado yo. Unamuno, como ven ustedes sigue tocando... la vihuela.

¡Pobre don Miguel! El que se pirra por ser original, esta vez, metido en la catedral de León, sólo supo plagiar—sin gracia por supuesto—lo del andaluz sevillano que para ponderar el frío de un invierno aseguraba que se habían helado las voces de los canónigos, del órgano y de la capilla musical; pero que al tiempo de llegar el calor se fueron derritiendo las voces, y aquello sí que fué cosa de oir: ¡vaya un concierto que se armó dentro de la catedral! ¡Bailaba de gozo la Giralda! Pero no se salió ningún sillar de su sitio, ni se desprendió ninguna piedra calada de su asiento, ni mucho menos se derrumbaron las bóvedas. Y eso que el órgano sacó los chiflos gordos de la trompetería...

Dejaremos, pues, a don Miguel embobado en la catedral, pensando en lo que pasaría si de pronto resonasen todos los cuchicheos y susurros, porque es la posición que mejor le cuadra, ya que es el eterno enamorado de los absurdos y quimeras. El mismo lo dice sin rebozo en aquella oda en que deseaba que su nombre fuese *pedernoso*, es decir, de la materia de que están hechos los adoquines:

Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica
y asiéntense en mi patria para siempre
la mi Quimera.

¡Alsa, salero! Eso es belleza de forma y... de fondo ¡Acabáramos! Con una Quimera por inspiradora ¿qué habría de salir del caletre de Unamuno sino absurdos y quimeras?

Ya está explicado el calificativo de «montaña rusa de contradicciones» como le llamó Soriano; ya queda descifrado el jeroglífico de las contínuas paradojas...

Aunque no todo es obra de «la su Quimera», no. También hay un poco de malicia por parte del Rector de Salamanca (famoso Rector por obra y gracia de García Alix y ex-Rector no menos famoso por gracia y obra de Bergamín) Porque en el prólogo que escribió para «La vida y la raza», de Juan Cueto, dejó escritas estas palabras que valen un valer:

«Mientras yo viva, no faltará guerra civil en la España espiritual; solo la contradicción alienta el amor a la gloria...; por eso todo escritor que se estime ha de aspirar, a no ser nunca del todo y por todos aceptado.»

¡Hola! *Ex ore tuo te judico*. Ya sabemos por su propia confesión a qué atenernos cuando

ponga cátedra en periódicos y revistas: fines de notoriedad sólo le guían; que de él hablen es lo que busca aunque sus palabras anden a la greña con la lógica y el sentido común. Está visto: es un insincero... por ser un... vanidoso! Y nada más.

Vaya por contera este «pensamiento» de Jacinto Benavente, maestro del «pitorreo» fino:

«Me entusiasman esas personas que, sea cualquiera el asunto de que se trate, son siempre de la opinión contraria. No hay que decir si admiraré a don Miguel de Unamuno.»

Esto lo dijo D. Jacinto en «Caras y Caretas» el 20 de Mayo de 1922: ¡qué cosas se le ocurren a D. Jacinto!

En fin: dejemos ya en paz al zarandeado catedrático de griego; y que con sus paradojas y contradicciones siga luciendo su chaleco cerrado, su sombrero negro con hoyos y sus gafas redondas como ojos de buho...

EL DUENDE DE LA COLEGIATA

(Abelardo F. Arias)

La aventura de Totana

Capitulo único

Donde se declara el último punto y extremo donde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de "El Duende de la Colegiata", con la felizmente acabada aventura de los totaneros, al modo que concluyó con la de los leones el "Caballero de la Triste Figura".

Antes de comenzar el relato de la curiosa aventura bien será presentar a los lectores el tipo del «Duende». Ahí le tienen ustedes con su indumentaria obligatoria; sombrero de forma creada por él; chalina negra, guantes amarillos, bastón con cabeza de perro chato y... ¡el impermeable! El impermeable es el distintivo del «Duende», como el paraguas rojo, de Azorín: como el sombrero-aeroplano, de Antón del Olmet; como el chaleco cerrado, de Unamuno... Llueva o no llueva, el «Duende» ha de llevar siempre el impermeable. Con él se fotografió, según propia confesión de «Heraldo de Madrid» unas dos mil quinientas veces...

Los escondrijos que prefiere son los bastidores y los cuartos de las actrices; por eso no era raro verle en el citado periódico en medio de nutrido grupo de artistas, danzarinas y danzantas, tan campante, con títulos como éstos: «El *Duende* con las damas del teatro de la Princesa»; «El *Duende* con las artistas del Cómico», «El *Duende* con las actrices de la Comedia; «El *Duende*... etc., etc.». Que ¿qué hacía por allí? Pues, ¡informaciones... discretas!

«Respecto a los enemigos del «Duende»—habla «Heraldo de Madrid»—bien pensado, no sorprende que en el curso de su vida, que sólo suma seis quinquenios, próximamente, haya levantado buenas voluntades el que alcanzó buenas jornadas como periodista, autor, abogado, diplomático, explorador, navegante, director de periódicos, de empresas teatrales, *detective*, sujeto de exposición por las maravillas del tatuaje que ostenta y por no sé cuantas más condiciones, aptitudes, títulos, timbres y profesiones que reune en su persona de asombroso *cumulard*.»

Así es que se le veía por todas partes: por tierra, por mar, por los aires .. Por poco no le vemos montado en un cuerno de la luna...

Hecho el retrato, antes de acompañar al «Duende» en su chusca excursión a Totana,

bien será, asímismo, poner los puntos al hecho histórico que motivó la aventura.

Fué el caso que allá a fines de septiembre de 1910, *España Nueva* (que dicho sea entre paréntesis, tuvo entonces la *fineza* de rifar a sus lectores un *gocho)* publicó con nombres propios y apellidos y residencia, y con el título «Capuchino raptor y suicida», y con el pie «De nuestro Corresponsal», la calumniosa noticia de que se había fugado aquél con una señorita, añadiendo circunstancias agravantes asquerosas, y por fin, el suicidio del protagonista.

Al día siguiente de publicar el periódico del gocho tal noticia, ¡zás! *El Liberal*, en primera plana, para que se viera luego, reprodujo la noticia, sorprendiendo ¡de buena fe! ¡porque no advirtió que fuese tomada del periódico de Soriano! y puso «Por telégrafo», y cambió el título de esta manera: «Fraile raptor y suicida» (era por aquel entonces cuando hervía la opinión anticlerical contra los católicos navarros y vascongados): variantes aquéllas que demuestran, como tres y dos son cinco, que el pobrecito *Liberal* fué sorprendido de buena fé! ¡Son tan candorosos e ingénuos los de *El Liberal*!...

Pero... ¡y va de historia!

A los tres días de publicado el escándalo por *España .. Sucia*, tuvo la pecadora que cantar el «yo pequé,»sin arrepentimiento, claro está, y sin dolor del pecado, pero mordiéndose el papel, forzada por la evidentísima verdad, y entonó el «mea culpa» en un suelto titulado «Era mentira».

Al otro día de este cambio de postura, «El Liberal», cogidos los dedos entre la puerta, retractó la noticia de modo muy peregrino. Bajo el título «Una falsedad» publicó lo siguiente: «Era falso el telegrama relativo al suicidio de un fraile, que *El Liberal* y *El País* copiamos de *España Nueva*» (tres buenos pies para un banco...) Y no añadió nada por su cuenta propia, ni dió excusa ninguna.

Y sigue la historia.

Entablada la demanda oportuna contra *El Liberal*, y requerido éste por el Juez para que presentase el *telegrama*, contestó *¡misté que demonche!* ¡que no le tenía! ¡que le había copiado de *España Nueva!* ¡Oh, la buena fe de estos periódicos liberales!...

Y requerido el del gocho, contestó, *¡misté que inocente!* ¡que no había recibido tal *telegrama!* ¡que la noticia se la habían remitido

en una cuartilla por el correo! Vaya un final de sainete, si no hubiese tenido asomos de tragedia!

El justo resultado fué que, para escarmiento de de cínicos difamadores, el Tribunal Supremo confirmó la sentencia de la Audiencia de Madrid, por la que se condenaba a «El liberal» y subsidiariamente al «Trust» al pago de 30.000 duros y costas como indemnización por el daño inferido a la honra de la señorita María Josefa Mussó, de Totana.

Echaban chispas aquellos días «El Liberal», «El Imparcial» y «Heraldo de Madrid», o sea el desacreditado «Trust»; y como el derecho del pataleo le puede utilizar cualquiera, se puso de rabieta a patalear, y pataleó de firme.

Se revolvió furioso, como una fiera a quien arrebatan la presa, contra el Tribunal Supremo que le sentó bien las costuras; contra la parte ofendida y demandante; pidió ayuda a la prensa del mismo jaez para que alzaran caramillo; volcó en sus páginas las *consultas* de ciertos letrados de Madrid, y quiso ¡inocente! que la indemnización la pagase a prorrateo *toda* la prensa española. ¡Como si ésta estuviese en Babia!

Tanto chillaron que parecía que todo iba a

dar al traste en tierra. El director de «El País», en el Congreso, amparado por la calamitosa inmunidad parlamentaria, llegó a decir que el alto Tribunal prevaricó. Hasta ¡siete veces lo dijo! exclamaban admirados los republicanos. Y lo hubiera dicho setenta veces siete; pero ¿lo probó siquiera una vez? ¡Pues entonces, mastuerzos...!

Mas todo esto venía a ser tortas y pan pintado con la hazaña del *Duende* del «Trust», es decir de «El Duende de la Colegiata».

— ¡Aquí es la mía!—debió exclamar para el cuello del impermeable.

Llama al popular fotógrafo Alfonso, y ¡¡a Totana!!

Al llegar aquí, permíteme ¡oh, *Duende* magnífico! que te salude alborozado, antes de narrar tu aventura estupenda de información periodística, jamás vista ni igualada en los siglos últimos que han fenecido, ni la verán semejante los venideros, digna de ser esculpida en pentélicos mármoles, y escrita por la más ática pluma en pergaminos inmortales con tinta de oro!

—Allá va el «Duende»!, oigo decir a la gente con estupefacción.

Y al verle subir al tren, exclama una francesa admiradora del «Duende»:

—¡*Voila le* «Duende»!

Y una italiana con los ojos abiertos de pasmo, exclama señalándole con el dedo:

—¡*Ecco il* «Duende»!

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL VALLADOLID

Pitó el tren, hacía frío, y el «Duende» arrancó camino de Murcia. Y no hubo novedad. Durante el trayecto fué haciendo una información con un *carterista*, enseñando al público los medios de *robar;* el *dos*, el *chino*, el *encuentro*, el *cedro*, y la *brava*: ¡vaya moralidad!

—Vdes. dijo el carterista—son nuestros amigos, porque «nos popularizan y nos compadecen». Al indicarle Alfonso que tenía que ser retratado con el «Duende» se plantó un antifaz y retrato más al canto...

En esto, los de Totana, enterados del proyecto del «Duende», como tuviesen fresca la campaña del «trust» se propusieron hacer al «Duende» un ruidoso recibimiento. Sobre todo el elemento joven. Armáronse quiénes de pitos, quiénes de cencerras, éstos de latas, aquéllos de silbatos, y esperaron la hora de la mayúscula cencerrada. La familia Mussó, desde luego, afirmó en redondo que en modo alguno el «Duende» celebraría con ella la *interviú*; los dueños de coches acordaron dejarle a pie, y los fondistas de quedarle a la luna de... Murcia. El cielo de Totana se encapotó de mal cariz.

El «Duende» fué acogido en Murcia, a juzgar

por el «Heraldo», con un recibimiento entusiasta. Quiso salir para Totana aquel mismo día por la tarde; mas sus amigos lograron disuadirle. Estuvo con el gobernador, manifestándole su deseo de marchar inmediatamente a Totana en tren, automóvil o carruaje; pero hubo que esperar a las noticias oficiales de Totana. Como la cosa no llevaba camino de arreglarse pronto, se marchó el *Duende* a Alicante mirando de reojo el cielo de Totana. En Alicante se realizó una excursión a la cual «asistieron, dijo el *Heraldo* «El duende de la Colegiata» y Alfonso, varios periodistas, el gobernador, el alcalde y varias personalidades. *La excursión fué animadísima, asistiendo también la cupletista* «La Troyana.»

¡Allí fué Troya! Recorrieron un bosque de pinos y se celebró el almuerzo al aire libre y se impresionó una película cinematográfica. Era lo que faltaba, que el «Duende» anduviese por los *cines, cinemas, cinematos* o cinematógrafos, para decirlo de una vez. En Alicante, como en todas partes fué *objeto* (dijo el *Heraldo*) de vivas simpatías; al salir, «todos los ferroviarios le rodearon, estrechándole la mano como tributo de admiración». En todas las estaciones «tuvo necesidad de atender a numero-

sas presentaciones espontáneas (sí, como la salida de los hongos.»)

Pero, a todo esto, el cielo de Totana seguía muy nublado. Bien hacía el *Duende* en no soltar el impermeable. Por lo que pudiera suceder.

Otra vez en Murcia. Con un gesto olímpico manifestó el *Duende* que «inquebrantable en su propósito», estaba resuelto a ir a Totana, *sea como sea*. ¡Actitud digna de D. Quijote delante del carro de los leones, cuando era intimado a que no provocara a las fieras!

Y conferencia con el gobernador, conferencias con la Guardia Civil...

El gobernador le decía: «Espere V. *Duende* no sea V. nervioso...tenga V. más calma.»

«—¿Más calma?,.. Espero hasta mañana —dijo—... después ya sabré lo que tengo que hacer.»

El alcalde de Totana, mientras tanto envió un telegrama calificando de *aventura* la ida del *Duende* a Totana; los ánimos estaban muy dispuestos a... reirse y a burlarse de él, pero no a lyncharle, cuya especie propalaron los del *trust*.

Después de muchas ideas y venidas se dijo el Duende:

»—Según el gobernador, yo no debo ir a Totana con Guardia civil ni amigos; pero yo *debo ir* a Totana...

»Almorcé con mis amigos, y después de almorzar fuimos al casino para tomar café, como hacíamos a diario, a las tres y media: un mozo me dijo:

—Un mozo del hotel desea verle.

—¿Qué pasa?—dijeron mis amigos. Y yo, para que mis compañeros no sospecharan mis intenciones, dije maliciosamente.

—Tengo una cita ¿sabéis?

—¡Ya lo sabemos!— dijo Jara, humorísticamente.—¡Ya lo sabemos! ¡Conocemos el escondrijo!

—¡Jara, por favor!—le rogué yo, discretamente.

—¡Ni una palabra!— dijo Jara; no diré ni quién es, ni dónde vas a verla; pero si me permitirás decir que es muy guapa.

—Sí, es una confidencia sobre Totana. ¡No maliciéis!— añadí yo.

Y salí del Casino.»

Hasta aquí el *Duende*.

Refiriéndose a esta cita amorosa tan importante, decía el corresponsal del *Heraldo*:

Dirigiéronse al Casino, según costumbre a tomar café. El «Duende» dijo a los amigos que le esperaban durante algún tiempo, pues tenía una cita con una dama en aquella hora. Varios amigos presentes, entre ellos Jara y Alfonso,

sabían desde la noche anterior la veracidad de la cita de «El Duende» con una dama, no extrañándose de su ausencia. Como tardara en volver, varios amigos trataron de darle una sorpresa, interrumpiendo su coloquio amoroso.»

He citado las dos versiones para que el lector se fije en los estropicios amorosos que va haciendo el *Duende* por todas partes.

Resultado: que no estaba allí el *Duende*. Se supo que había pasado el puente sobre el Segura, acompañado de uno al parecer obrero. Delante había ido un coche vacío (!) El dueño de los coches manifestó, por fin, que el *Duende* había salido para Totana. (¡Qué valor!) Los amigos del *Duende* en distintas direcciones buscaban al gobernador. Sonaron los timbres, vibraron los teléfonos, Murcia se deshacía en movimientos... Llegó el teniente coronel de la Benemérita y conferenció con el gobernador y pusieron éstos un despacho cifrado a Totana. El gobernador llamó a los inspectores de Policía, éstos no parecían, la impaciencia iba en aumento, la expectación crecía, el pánico empezaba a cundir, los amigos del *Duende* estaban desesperados, con un automóvil para ir en busca del fugitivo; llegó ¡casualmente! el policía señor Morón, y se es-

capó el automóvil a una velocidad de vértigo, como alma llevada del diablo por medio de la obscuridad de la noche... ¡Paff, paff, paff, paff!...

Entre tanto el *Duende* iba echando sus cuentas, tan sereno como D. Quijote delante de los leones:

«—Llegaremos bien de noche (eso es, cuan»do estén los totaneros dormidos, eso es va»lor,) dejamos el coche a uno o dos kilómetros »de Totana, y a campo traviesa entramos en »el pueblo. Iremos a la casa de tus padres— «continuó explicando al totanero—y pasare»mos allí la noche; después por la mañana re»gresaremos a Murcia (para ese viaje no se ne»cesitan alforjas ni impermeables), etc.»

Al llegar copiando hasta aquí, noto con disgusto que está roto el *Heraldo* y no sé qué más dirá el *Duende* al totanero ¡qué pena! ¡perder estas palabras históricas!

¡Paff, paff, paff, paff!, oyó estremecido el *Duende*. De seguro que pasaron por el los mismos sentimientos del héroe manchego, cuando, espada en mano, no pudo hacer pedazos a los leones, por no querer éstos salir de la jaula, volviéndole las espaldas y enseñándole las partes traseras, como dejó escrito Cervantes. Así es que el jefe de Policía debía

haberle dicho al «Duende» al detenerlos entre Lebrilla y Alhama:

«Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna». «Así es, debió así mismo responder el *Duende*, dame por testimonio en la mejor forma que pudieres, lo que hasta aquí me has visto hacer, conviene a saber, cómo víne a hurtadillas, escabulléndome como un *Duende*, y cómo la suerte ha sido la que no quiere que muestre el valor de mi indomable mano manejando la pluma en una sensacional información periodística nunca a ella igualada por otra alguna »

En resolución: la Policía cumplió el encargo del gobernador de detener al *Duende*.

«—De parte del señor gobernador de la provincia, ruego a usted que me acompañe a Murcia.

—¿Yo? yo tengo que ir a Totana—dije—(habla el *Duende*).

—No, señor—me contestó—; está usted detenido por orden del señor gobernador.

—¿Detenido? ¿Y por qué se me detiene?—protesté.

—No lo sé—me dijo el inspector de Policía—; esas son las órdenes que tengo...»

Y ¡paff, paff, paff! el automóvil se volvió a Murcia. Y el *Duende* con Alfonso a Madrid.

¿Pero Alfonso no iba a hacer de las suyas? Colocó a los empleados de la estación y algunos más curiosos y ¡chás! hizo la inevitable fotografía. «Aspecto de la estación de Murcia al partir el tren que trae a Madrid a *El Duende de la Colegiata*.» La cosa no es para menos. El *Duende* se asoma a una ventanilla del coche mirando al lector, y los demás de la fotografía, maldito el caso que hacen del *Duende:* todos, vuelven la espalda al *Duende*, y miran al lector...

* * *

«Estoy en Madrid. No he ido a Totana, a pesar de mis propósitos, no obstante mis promesas repetidas. ¿Por qué?...»

Así empieza la amarga queja que escribió al llegar a Madrid para justificar su conducta.

«...Si yo hubiese *podido* ir a Totana, hubiera ido!...»

Así termina, dirigiéndose al señor Conde de Romanones, porque había dicho en el Congreso el humorístico Conde, que no había ido a Totana el *Duende* porque no había querido...

¿Comentarios? ¿Para qué? ¡A lo que vino a parar tanto «Duende» con sus mostachos erguidos, con su sombrero de forma creada por

él, con su chalina negra, con sus guantes amarillos, con su bastón con cabeza de perro chato y con su... impermeable!

¡Adiós informaciones modernistas al estilo de «El Duende de la Colegiata»!.

BROCHE FINAL

En una revista de allende los mares leí una poesía (convengamos en llamarla así) titulada «La Nochebuena». La revista es americana, como Santos Chocano, un señor que me «choca» mucho. Se *rotula* «La Estrella» de Maracaibo, que, como se ve, no es, ni mucho menos, de los Reyes Magos.

Merece un ligero comento.

Pero antes abríguense ustedes, pues hace frío y empieza a nevar:

Cae la nieve,
la nieve cae, y en la enramada
suspira el ave;
suspira el ave que enamorada
cubre su nido con su plumaje.

Suspiremos también nosotros. Y respiremos. ¡Ay Sr. D. Mariano Calzada (así se llama el poeta). Usted no cae como la nieve; usted se cae del nido. ¿El ave «enamorada» cuando cae la nieve, la nieve cae? Se cayó usted con todo el equipo. Siga usted:

...Y allá en el cielo
luce la luna sus resplandores
bellos y tristes,
como la imagen de los Dolores,
blancos como el encaje.

¿Qué tendrá que ver la imagen de los Dolores con la noche de Navidad? ¿Y los resplandores blancos con el encaje? Si el encaje es blanco, bien; pero ¿si es de otro color? Y lo de *luce la luna* en una noche en que cae la nieve y la nieve cae? Cuando llueve y hace sol, baila el perro del pastor. Que diga ahora el señor Calzada quién es el que danza cuando nieva y hace luna...

Habla después el Sr. Calzada (que dicho sea entre paréntesis anda bastante descalzo de poesía) de los hosannas que elevan los corazones *universales* ¿Cómo será un corazón universal?

Y continúa:

Junto a la lumbre
que escandalosa chisporretea...

Eso es,

Con chisporreteo
de carbón de cok.

Como dice el cantar.

¡Vaya unos chisporreteos más escandalosos! Se escandalizará, sin duda, la lumbre, de los versos del Sr. Calzada.

Estrofa última:

Las zambombas resonantes y los gélidos rabeles—dan al aire sus sonidos. A la iglesia van los fieles—a ofrendar al Dios que nace su ternura (!)—El incienso y la mirra llenan el templo santo,—y voces blancas, entonan dulce canto—que sube en espirales a la altura.

Esta estrofa de las zambombas es un verdadero zambombazo. ¡Estos modernistas! Oyen campanas y no saben dónde suenan. El señor Calzada ha oido decir (no sé si lo habrá visto) que el incienso sube en espirales, y, confundiendo las voces con el *incienso*, dice que «el canto sube en espirales a la altura»... del arquitrabe. Los cantos de piedra, sí, señor, suben pero no formando espirales.

¿Y cuáles serán las voces *blancas?* ¿Y las azules? ¿Y las moradas?...

Los versos, como se habrá observado, dieron principio con cinco sílabas, alternando

con los de díez; luego, el Sr. Calzada, los revuelve con líneas de once sílabas, de doce, quince, diez y seis, y hasta con una de ¡diez y ocho!

¡Buena ensalada de versos, digo, de berzas, para que en la Nochebuena haga *colación* un «vate» modernista!

¡Ay, Sr. D. Mariano Calzada, el de los corazones universales. Está usted, querido, descalzo de poesía. Le hace buena falta a usted calzarse.

Aunque no más sea que en añejo O en clásico, que es lo mismo para el caso.

* * *

¡Alma errante!

Ultimo botón de muestra. «Alma errante» es el título de un cuento fantástico, publicado en «Blanco y Negro» con el pseudónimo «Don Diego de Mañara», en un concurso de cuentos.

Empieza así el cuento fantástico:

«Y allá en la lejanía, donde el sol *desangrábase*, sonaban esquilas y balidos, cantos jayanescos, ladrar de mastines..., toda una égloga tranquila y plácida como sonreír de viejo.»

El sol «desangrábase». ¡Pobrecito! ¿A dónde iría a parar la sangre del sol? Y no habría

ningún curandero que le restañe las heridas?...

«Los árboles del convento cabecearon, como gigantes ebrios que se cuentan sus penas monótonamente con un ruin-rum apacible evocante del sueño. Un piano, lejos, muy lejos, *escupió* en la *muriente* languidez del crepúsculo las notas de un vals *galante:* era un haz de suspiros y gritos, de besos, que se deshacía en el atardecer con la enfermiza voluptuosidad de todo lo finito y no durable. »

Pase que los árboles cabeceen como gigantes borrachos, dándose encontrones y haciendo todo el rum-rum que quiera D. Diego, pero ese piano mal educado que escupe como si dijéramos, en la cara del crepúsculo las notas de un wals, vamos, D. Diego, es una suciedad de piano. ¡Vaya una escupidera, un crepúsculo, y nada menos que «muriente»! ¡Qué sinvergüenza de piano! Eso no se le ocurre a nadie: expectorar notas de walses como salivazos de viejo catarroso al rostro de un moribundo!... Ese piano de D. Diego, además de ser un sucio, es un infame...

Menos mal que todo no era más que «un haz de suspiros (¡ay mamá!) y gritos, de besos que se deshacía en el atardecer con la enfermiza voluptuosidad de todo lo finito». Quien re-

sulta enfermiza es la musa del infeliz D. Diego. Lo mejor sería que se metiese en cama y sudara para que se le quitase el catarro...

«Allá, en el fondo del jardín, rodeando la fuente de piedra que *lloraba su hilo* brillante de agua, estaban las colegialas, bajo la confusión que el reposo y el silencio ejercían sobre sus alas. (¿De quién serán estas alas?)»

¡Que *lloraba su hilo* brillante de agua! Aquí vamos a llorar todos, todos, pero va a ser de risa con sólo transcribir lo que la musa calenturienta le dicta a D. Diego.

«Acariciaban con sus manos *marfileñas* las cabezotas de ángeles *rubenescos* de piedra, sustentadores del pilón cuadrado. Y una vocecita susurrante, cariciosa, deslizó el principio de una historia de amores.—Una vez me siguió un teniente, y... La campana *se quejó* en chata torre; huyeron las palomas con un fuerte rumor de alas; circularon *en el azul.* Entre el severo *oracionar, chilló* una risita, tímida primero, explotando luego *carcajeante...*»

¡Por Dios, D. Diego! que nos va a obligar usted a explotar a carcajadas! Una *risita* no *chilla;* y si es «carcajeante» ya no es risita.

«Terminaron (de *oracionar)* La *rosarial* hilera de hábitos azules se extendió lenta, serpenteante, hacia el portón del convento... Ce-

rróse el portón. Allá lejos, el piano (¿otra vez?) lloró la muerte de Mimí, la amada bohemia. Era de noche.»

Bueno, pues a dormir. Pues no señor, porque

«Apagó la monja de un soplo el cirio a cuya luz leía; la lamparilla de aceite dibujó sombras *fantasmales*, de quimera, en las enjabelgadas paredes; vertió la luna por la ventana una *chorretada de luz* blanca, y la monja *se bañó* en ella, sentada en el butacón de cuero, apoyada la mano en los hierros de la reja. Así estuvo, *tiesamente hierática*...»

Ahí tienen ustedes ahora a la luna enviando así como con barreño una *chorretada* de luz sobre la monja para darse un baño; no se contentó con sólo un chorro para una ducha...

Y estando así en el baño de la chorretada de luz, *tiesamente hierática* (si sabrá don Diego que hierático significa sagrado, enigmático, misterioso) vino a apoyar sus patitas débiles sobre los barrotes de la ventana un ruiseñor, que cantó así:

«Soy yo, tu alma, tu almita blanca que huye de tí... ¡Volaré! ¡Volaré! Conoceré países soñados; anidaré en árboles lejanos; piaré en rasgados ventanales de palacios; me bañaré en lagos tristes, melancólicos, donde naden ne-

núfares y bañen sus hojas los sauces bajo besos lunares: cruzaré por cima de mares donde las olas encorven sus lomos bajo las *carcajadas de luz que escupa* el sol...»

Ya no es sólo el piano el que escupe. También el sol. Y además, D. Diego por el colmillo.

¡El sol escupiendo carcajadas, y carcajadas de luz!

¡Já, já, já, já, já!
¡Qué risa me da!
¡Dejen que me ría!
¡Já, já, já, já, já!

¡Ay, qué D. Diego más «carcajeante»!

«¡Volaré! ¡Volaré hasta tí; se hará la transformación y te relataré mis viajes! ¡Adiós! ¡Adiós!» Y hendió los aires *punteando* en las *azulosidades* del cielo. La novicia sintió necesidad de dormir.»

Y nosotros también, que con esas «sonnolencias» cursis modernistas, nos entran ganas de «cabecear». Será cosa de cortar por lo sano no sea que se apodere de nosotros la encefalitis letárgica.

En resumen: que un día la llamaron a la novicia Sor Patrocinio; *galopó* el tiempo y volvió el ruiseñor; su canto fué de bienandanzas,

las unas *rojas*, del color de las pasiones, las otras *azules* con la dulzura de los llantos gozosos. Y el ruiseñor *historió* una fiesta en la cual languidecía una música *valsesca*, y las parejas danzaban con un *chás-chás* de los pies... Y cantaba el ruiseñor...

«Levantó Sor Patrocinio sus ojos: el ruiseñor había callado. Sintió la monja que su alma toda *cobijábase* en el cerebro *deshaciéndose* en ideas. Miró la tristeza infinita del jardín negro, donde la fuente plateaba, y lloró, lloró...»

¡Ay, qué pena! También lloraría la fuente *su hilo* brillante de agua. ¿Y no lloran ustedes?...

Final del cuento fantástico:

«Los árboles escuetos *bostezan*, *recortando rayas* negras sobre el cielo gris. Las hojas ruedan en los caminos *salmodiando tristezas nihilistas* ansias de borrarlo *todo*. El viento *aulla relatos* de fríos y de árboles que se desgajan, incendios que sopla avivando su llamear. Un sol anaranjado huye...»

Y el sentido común también, al ver *bostezar* a los árboles, y no comprender cómo se las arreglarían para abrir la boca. El que bosteza de verdad es el lector, y bosteza de fastidio por tanta cursilería...

«Llega la lluvia: primero gotas lentas, gran-

des, que *agujerean* el suelo; después engruesa, azotando los cristales dolorosamente... Sor Patrocinio se muere... Rodeada de las monjas, perdiendo la mirada allí en la lejanía (dale con la lejanía), muere de ensueños y nostalgias...»

¡Qué pena! No puedo continuar porque brotan de mis ojos unos lagrimones como dátiles de grandes!... ¡Qué pena! ¡Y se marchó el ruiseñor, hundiéndose en la negrura de la noche! Naturalmente; y en la negrura del ridículo queda también la musa enfermiza del afeminado D. Diego...

Lo cual no tiene nada de extraño. Lo que es de extrañar, al decir del eximio literato Valentín Gómez, es «la estupidez del público que aguanta y compra los productos de esos Góngoras de arte menor, impresionistas y coloristas y modernistas que debían ser condenados a prisión correccional hasta que se corrigieran, aunque es de sospechar que los que de esa manera atropellan el castellano son incorregibles».

FIN

DE LA PRIMERA SERIE DE LOS

«DE-SASTRES MODERNISTAS»